

UNA HISTORIA SOBRE LA MEMORIA,
LOS DIOS Y LO QUE PERMANECE.

LA ÚLTIMA TABLILLA

CUANDO TODO ES OLVIDADO,
SOLO QUEDAN LAS PALABRAS.

MICHEL ONIRIX

NOVELA HISTÓRICA

LA ÚLTIMA TABLILLA

Crónicas de Eridu

Para quienes escriben en la oscuridad, sin saber si alguien leerá.

"Los héroes, como los grandes árboles, se yerguen solos; pero su sombra alimenta a cientos."

— Fragmento del Poema de Gilgamesh, tablilla III

"El olvido no es el final de las cosas. Es el lugar donde las cosas esperan a que alguien las recuerde."

— Inscripción anónima, Eridu, época incierta

PRÓLOGO

Mucho antes de que los imperios aprendieran a escribir su propio nombre sobre las piedras, existió una ciudad junto a las aguas del sur.

Eridu.

Allí, donde los dos grandes ríos entregaban su caudal al mar y los juncos crecían tan densos que parecían paredes verdes levantadas por algún dios antiguo, los hombres aprendieron por primera vez que era posible hacer que el tiempo obedeciera. No a través de la fuerza. No a través del oro ni del miedo. Sino a través de algo más frágil y más poderoso que todo eso: las marcas dejadas sobre barro húmedo.

Los sacerdotes decían que la ciudad había sido fundada por Enki, señor de las aguas profundas, guardián del conocimiento oculto, padre de todo lo que los hombres llegarían a construir. Decían que Eridu era el primer lugar donde el caos primordial había cedido ante el orden, y que por eso sus canales corrían rectos y sus templos apuntaban hacia el cielo como dedos alzados en dirección a algo que nadie sabía nombrar con precisión.

Pero los dioses, incluso los más sabios, desconocen ciertas cosas.

Desconocen, por ejemplo, lo que puede nacer en el interior de una criatura que sabe que morirá. Desconocen la forma peculiar que toma la desesperación cuando se convierte en belleza, o el hambre cuando se transforma en pregunta. No pueden saber lo que significa existir dentro del tiempo, atrapado en él como un insecto en ámbar, sabiendo que el ámbar no durará para siempre.

Entre las criaturas destinadas a morir —y todas lo estaban, desde el rey más poderoso hasta el esclavo más olvidado— surgió algo que los dioses no habían previsto.

Una forma de eternidad que ellos jamás podrían alcanzar.

Esta es la historia de tres personas que vivieron en Eridu hace tanto tiempo que sus nombres casi fueron borrados por completo. Un muchacho que aprendió a escribir. Una muchacha que llevaba dentro de sí un secreto más viejo que ella. Y un rey que confundió durante demasiado tiempo el miedo con la grandeza.

Esta es también la historia de una tablilla.

La última.

PARTE PRIMERA: LA CIUDAD DEL AGUA

CAPÍTULO I

El rey de las murallas

Gilgamesh no dormía.

No era insomnia lo que lo mantenía despierto en la cámara más alta del palacio de Uruk, con los ojos abiertos hacia el techo de cedro pintado de azul oscuro donde artesanos de tres generaciones habían representado los cielos del mundo. Era otra cosa. Algo más viejo que el sueño y más persistente que el hambre. Algo sin nombre que se instalaba en su pecho cada vez que la ciudad se callaba y ya no había nadie a quien conquistar, nadie que doblar, ninguna empresa lo suficientemente grande como para ocupar todo el espacio que había dentro de él.

El palacio dormía. Afuera, Uruk también dormía: doscientas hectáreas de calles, templos, mercados, talleres y casas donde cincuenta mil almas —o algo parecido a almas— descansaban sin saber que su rey yacía en la oscuridad pensando en la muerte.

No en la muerte de otros. En la suya.

Gilgamesh se incorporó. Era un hombre que ocupaba el espacio de dos: la altura de sus hombros, el peso de sus brazos, la presencia que irradiaba incluso cuando permanecía inmóvil lo convertían en algo difícil de ignorar en cualquier habitación. Los sacerdotes decían que era dos tercios dios y un tercio hombre. Gilgamesh no sabía qué significaba eso con exactitud, pero sí sabía lo que significaba el otro tercio: la parte que envejecía. La parte que dolía cuando la campaña del norte lo había hecho cabalgar veinte días seguidos. La parte que, en noches como esta, escuchaba el silencio como si el silencio fuera una advertencia.

Se acercó a la ventana.

Uruk se extendía bajo él como una ofrenda. Las murallas —sus murallas, las que había mandado construir con piedras traídas desde las montañas del este— describían un perímetro tan largo que un hombre a buen paso tardaba una hora entera en recorrerlo. Dentro de ese perímetro ardían antorchas en los puntos de vigilancia, parpadeaban lámparas en las casas donde alguien estaba enfermo o daba a luz o simplemente no podía dormir. La ciudad respiraba. La ciudad era suya.

Y aun así.

Aun así había algo que no podía comprarse con el tributo de doce ciudades sometidas. Algo que no podía ganarse en combate. Algo que las murallas no protegían.

Gilgamesh apoyó una mano sobre la piedra fría del vano. Su reflejo le devolvió una imagen distorsionada en el brillo débil de las brasas: un hombre que seguía siendo fuerte, que seguía siendo temido, que seguía siendo el más grande de todos los reyes vivos. Y que sin embargo, en algún lugar detrás de los ojos, empezaba a verse desde fuera. Empezaba a verse como lo verían cuando ya no estuviera.

Recordó a Enkidu.

Enkidu había muerto hacía cuatro años, y Gilgamesh todavía no había encontrado la manera de acostumbrarse a ese hecho. Su amigo. El único hombre que lo había conocido completamente, que había peleado contra él y luego junto a él, que había dormido bajo las estrellas a su lado sin temer su presencia ni necesitar su aprobación. El único que le había hablado con franqueza. El único cuya muerte lo había convertido, por primera vez, en un hombre asustado.

Porque si Enkidu —Enkidu, que era más fuerte que un toro salvaje y más rápido que la lluvia de verano— podía morir, entonces la pregunta era simple y brutal: ¿cuándo le tocaría a él?

No era una pregunta que los reyes se hicieran en voz alta. No era una pregunta que los sacerdotes respondieran con comodidad. Pero Gilgamesh se la hacía cada noche en el

silencio de sus habitaciones, y cada noche la respuesta era la misma: pronto. Más pronto de lo que quería. Mucho más pronto de lo que merecía.

Había buscado la planta de la inmortalidad en el fondo del océano, y la había perdido. Había buscado a Utnapishtim, el único hombre que había sobrevivido al gran diluvio, el único hombre al que los dioses habían concedido vida eterna, y Utnapishtim le había dicho algo que todavía lo irritaba: *Gilgamesh, ¿a dónde vas? La vida que buscas nunca la encontrarás. Cuando los dioses crearon a los hombres, les dieron la muerte. La vida la guardaron para sí mismos. Pero tú, Gilgamesh, llena tu vientre, regocíjate de día y de noche, haz una fiesta de cada día.*

Gilgamesh había regresado sin la inmortalidad y sin el consuelo de creer que Utnapishtim tenía razón. Había regresado con la misma pregunta y con una nueva certeza: que la respuesta no estaba donde había buscado.

Tal vez estaba en otro lugar.

Había llegado a sus oídos, a través de los comerciantes que bajaban del sur por el Éufrates, una historia sobre Eridu. No era nueva exactamente —los rumores sobre Eridu siempre circulaban entre los sacerdotes, que hablaban de aquella ciudad como del primer lugar, el lugar donde todo había comenzado— pero esta vez el rumor era diferente. Esta vez hablaban de algo concreto. Una señal. Una marca antigua en una persona joven. El sello de Enki, decían los que bajaban la voz.

Gilgamesh no creía en señales. Había visto demasiado como para creer en la mayor parte de lo que los sacerdotes llamaban milagros. Pero creía en Enki. Creía en el Abzu, el océano subterráneo donde el dios de las aguas profundas existía desde antes de que existieran los hombres. Y creía, sobre todo, en la posibilidad.

Si había una manera de encontrar lo que buscaba, pasaba por Eridu.

Llamó a su chambelán antes del amanecer.

—Preparad los barcos —dijo—. Partimos al sur en tres días.

CAPÍTULO II

La ciudad del agua

Eridu despertaba antes que el sol.

Enmer lo sabía porque era uno de esos niños —y luego uno de esos jóvenes— que no podían quedarse dormidos cuando el mundo estaba a punto de cambiar de estado. Había algo en el momento exacto en que la oscuridad cedía, no de golpe sino lentamente, como si la noche fuera una tela que alguien jalara con cuidado para no despertar a nadie: había en ese momento una tensión que le resultaba imposible ignorar. Como si la ciudad entera contuviera el aliento.

Se quedaba en la terraza de adobe de la casa familiar y esperaba.

Primero el olor. El barro húmedo de los canales, el humo de las primeras fogatas, la sal que traía el viento desde el mar inferior cuando soplaban en la dirección correcta. Luego los sonidos: las aves que anunciaban el día con una precisión que ningún reloj de arena había logrado igualar, las ruedas de madera de los primeros carros sobre las calles de tierra apisonada, las voces de los pescadores que ya estaban en el agua, que siempre estaban en el agua antes de que el mundo se enterara de que había amanecido. Y finalmente la luz. Rosada primero, luego dorada, luego blanca y definitiva sobre las terrazas del zigurat.

Eridu era, en ese momento, perfecta.

—Ya estás despierto otra vez.

La voz de su padre llegó desde detrás, grave y un poco ronca con el sueño de la madrugada. Lugal-Nam apareció en la terraza con una copa de cerveza de cebada todavía tibia entre las manos, envuelto en una túnica de lana clara que había visto mejores años pero que él seguía usando con la tranquila indiferencia de quien no necesita impresionar a nadie. Tenía el rostro curtido por décadas de viajes bajo el sol

de Sumeria: los pliegues alrededor de sus ojos eran mapas de rutas comerciales, de noches a la intemperie, de tratos difíciles negociados en idiomas que había aprendido por necesidad y olvidado por falta de práctica.

Sus ojos, sin embargo, conservaban una calma extraña. La calma de quien ha aprendido a leer a las personas con la misma atención con que se leen los cielos.

—Quería ver llegar las barcas del norte —dijo Enmer.

—Los comerciantes del norte siempre llegan antes del amanecer. —Lugal-Nam bebió un sorbo y se acercó al borde de la terraza. —Así evitan el calor y los impuestos.

—¿Y tú también haces eso?

—Yo pago menos impuestos porque sé cuándo los recaudadores todavía están dormidos.

Enmer soltó una risa corta. Abajo, en los canales, podían verse ya varias embarcaciones avanzando entre la niebla temprana: cestas de cebada, vasijas de aceite, animales vivos amarrados en las bordas que protestaban con una indiferencia resignada. Algunas de esas embarcaciones venían de aldeas a media jornada. Otras habían viajado desde ciudades cuyos nombres Enmer había escuchado siempre con una mezcla de familiaridad y asombro, como si fueran palabras de una lengua antigua que todavía no había terminado de aprender.

Ur. Lagash. Nippur. Uruk.

Cada nombre era un mundo al que todavía no había entrado. Cada nombre era una promesa.

—Algún día conocerás todas las ciudades del Éufrates —dijo su padre, como si hubiera leído sus pensamientos. Lugal-Nam tenía esa capacidad: no de adivinar, exactamente, sino de notar. De ver lo que otros miraban sin observar.

—¿De verdad?

—Si aprendes primero lo importante.

—¿Qué cosa?

El comerciante apoyó la copa sobre el muro. Lo hizo despacio, con ese gesto deliberado que usaba cuando estaba a punto de decir algo que quería que quedara grabado.

—A distinguir cuándo un hombre desea engañarte.

Enmer esperaba otra respuesta. Algo sobre los números, sobre el arte de negociar, sobre las rutas del comercio. Pero Lugal-Nam continuó mirando los canales con la expresión de alguien que ha visto suficientes tratos caer por una mentira bien colocada como para saber que esa es la verdad más práctica que puede transmitirse.

—La cebada tiene valor —dijo—. La plata tiene valor. Las tierras tienen valor. Pero nada es más peligroso que las personas que desean aquello que poseen otros. Recuerda eso cuando viajes.

Enmer asintió. No porque comprendiera del todo las palabras, sino porque reconocía el tono: era el tono que su padre usaba cuando hablaba de cosas que había aprendido a un costo que no mencionaba.

Desde pequeño había acompañado a Lugal-Nam por mercados y almacenes. Había visto discusiones por pesos de plata adulterados, campesinos arruinados por las sequías que vendían sus tierras a precios que ni siquiera cubrían una temporada, mercaderes que pasaban de la miseria a la fortuna en el tiempo que tardaba en llegar una caravana del este. Había visto sacerdotes exigiendo tributos para templos que construían con el trabajo de hombres a quienes luego consolaban prometiéndoles recompensa divina.

El mundo, había comprendido, se sostenía sobre acuerdos invisibles. Promesas. Deudas. Juramentos. Y también mentiras, que eran acuerdos invisibles de una especie particular: los que solo una de las partes conocía completamente.

Lugal-Nam era respetado en Eridu precisamente porque cumplía su palabra. Incluso quienes lo odiaban admitían eso.

—Hoy irás al templo temprano —dijo su padre—. Nammu quiere enseñaros nuevos signos.

—Entonces voy.

Lugal-Nam tomó nuevamente la copa y bebió en silencio por un momento. Luego, sin volverse, añadió algo que llegó al muchacho con la suavidad desconcertante de las verdades que uno no espera.

—Los hombres mueren, Enmer.

El muchacho frunció el ceño. La frase había surgido de pronto, sin conexión aparente con nada de lo que habían hablado.

—¿Qué tiene que ver eso con las tablillas?

Lugal-Nam observó el zigurat en la distancia, donde la primera luz del día comenzaba a dorar las terrazas superiores.

—Todo.

Abajo, la ciudad ya estaba completamente despierta. Mujeres transportaban agua desde los canales en vasijas sobre la cabeza, con esa gracia que daba la costumbre. Niños corrían entre carros de mercancías sorteando ruedas y patas de animales con una agilidad que parecía imposible. Un grupo de sacerdotes avanzaba en fila hacia el templo, cubiertos con túnicas azules que el polvo del camino no había logrado aún manchar.

Enmer observó cómo uno de los escribas descendía las escalinatas del zigurat sosteniendo varias tablillas de arcilla todavía frescas, protegiéndolas con el cuerpo como si fueran criaturas vivas que pudieran romper. Las marcas pequeñas grabadas sobre el barro húmedo —esa era la cosa que no podía dejar de mirar. Símbolos capaces de sobrevivir a quienes los escribían. Las palabras permanecían. Los hombres no.

Presentía, aunque todavía no tenía palabras precisas para nombrarlo, que allí existía un misterio más profundo que cualquier cosa que los sacerdotes ofrecieran como respuesta definitiva.

CAPÍTULO III

Las tablillas de arcilla

El templo de Eridu dominaba la ciudad de una manera que ninguna otra estructura podría haber igualado: no por su altura, aunque era alto, ni por la riqueza de sus ornamentos, aunque los tenía, sino por algo más difícil de explicar. Algo en la proporción de sus terrazas ascendentes, en el modo en que capturaba la luz del amanecer y la transformaba en algo que parecía dorado incluso cuando el cielo era gris, producía en quien lo miraba la sensación de estar ante algo que existía en una categoría ligeramente diferente a la del resto del mundo.

Enmer había subido aquellas escalinatas cientos de veces.

Sin embargo, cada mañana repetía la misma experiencia: la pequeñez. No humillante sino reveladora, como la pequeñez que se siente mirando el mar o un campo de estrellas. No importaba cuánto hubiera aprendido la semana anterior, no importaba cuántos signos nuevos hubiera grabado sobre la arcilla o cuántas conversaciones hubiera escuchado entre su padre y los comerciantes más experimentados de la ciudad. Al pie del zigurat, todo ese conocimiento se volvía provisional. El templo recordaba, con su mera presencia, que había cosas que los hombres todavía no comprendían.

Aquel día el aire estaba cargado con la humedad densa que llegaba de los humedales cuando el viento soplaba del sur. Los sirvientes lavaban los pisos del patio interior con escobas de junco mientras varios discípulos más jóvenes transportaban cestas repletas de tablillas recién secadas al sol, moviéndose con el cuidado exagerado de quien sabe que lo que carga tiene más valor del que puede calcularse fácilmente. Más arriba, en las cámaras superiores, los sacerdotes preparaban las ofrendas para Enki: aceites perfumados en vasijas de alabastro, panes de cebada trenzados con miel, pescado seco

envuelto en hojas de palma, flores blancas traídas esa misma mañana desde los humedales.

Nammu esperaba junto a la entrada de la sala de enseñanza.

Llevaba una larga túnica azul oscuro, del mismo tono que usaban los sacerdotes mayores pero sin los bordados que señalaban el rango, como si hubiera decidido hace tiempo que el conocimiento no necesitaba anunciarse con hilos de oro. Sostenía entre las manos un pequeño estuche de madera de cedro donde guardaba los estiletes: instrumentos simples, de caña endurecida con la punta cortada en ángulo, pero que en sus manos parecían siempre a punto de producir algo importante.

Su rostro transmitía serenidad. No la serenidad falsa de quien ha aprendido a controlar sus expresiones, sino la serenidad real, más rara, de quien ha pasado suficiente tiempo pensando en las mismas preguntas como para haber llegado a algún tipo de paz con el hecho de que no tienen respuesta definitiva.

Sus ojos, sin embargo, eran otra cosa: siempre parecían observar algo un poco más allá de lo visible. No de manera perturbadora, sino como el ojo de un navegante experimentado que mira el cielo y ve no solo las nubes que están sino las que vienen.

—Llegas temprano —dijo al ver a Enmer.

—Mi padre me despertó antes del amanecer.

—Eso significa que quiere convertirte en un buen comerciante.

—Dice que primero debo aprender a reconocer a los mentirosos.

Nammu soltó una risa breve y genuina.

—Entonces comenzó por la lección correcta.

La sala de enseñanza estaba construida alrededor de un patio interior: un cuadrado de cielo abierto en el centro del techo por donde descendía la luz en una columna que cambiaba de ángulo durante el día como si el sol tuviera una agenda personal. A esa hora de la mañana la columna era casi vertical, dorada y llena de polvo en suspensión

que flotaba con una lentitud que parecía no pertenecer al mismo tiempo que el mundo exterior.

Varios jóvenes ya estaban sentados sobre esteras de junco, algunos hablando en voz baja, otros practicando con los dedos los movimientos que harían luego con el estilete sobre el barro. Entre ellos estaba Shara.

Como siempre.

Shara tenía la costumbre de llegar antes que nadie sin que nadie pudiera explicar exactamente cuándo llegaba. Simplemente estaba. Esa mañana estaba sentada un poco apartada de los demás, con una tablilla vieja sobre las rodillas, pasando los dedos sobre los signos como si los estuviera leyendo a través del tacto. Levantó la vista cuando Enmer entró y le dirigió el gesto que usaba a modo de saludo: una pequeña inclinación de cabeza, casi imperceptible, acompañada de algo que no era exactamente una sonrisa pero que era difícil confundir con otra cosa.

Enmer se sentó junto a ella.

Nammu esperó a que todos estuvieran instalados antes de hablar.

—Hoy aprenderemos registros comerciales.

Hubo un movimiento colectivo de decepción, tan leve que habría pasado desapercibido para alguien que no los conociera. Los alumnos preferían los himnos, los relatos heroicos, las listas de reyes y batallas que sonaban como música cuando se leían en voz alta. Los registros comerciales eran áridos: cantidades, nombres, deudas, transacciones sin adorno narrativo.

Nammu negó lentamente con la cabeza antes de que alguien dijera nada.

—No subestimen las cuentas y los inventarios. —Tomó una tablilla húmeda y la sostuvo frente a todos—. Las ciudades no se construyen con espadas. Se construyen con registros.

Comenzó a hundir el estilete en la arcilla con movimientos precisos y económicos, la muñeca rígida, el brazo moviéndose desde el hombro. Los signos aparecieron uno tras otro: cebada, aceite, cabras, plata, cantidades, nombres, deudas. Cada marca era el rastro de algo que había existido, de un acuerdo entre personas que tal vez ya no vivían.

—La memoria de los hombres es frágil —continuó—. La escritura nació porque incluso los reyes olvidan.

Enmer observaba fascinado. Le resultaba imposible no maravillarse de ello: que simples marcas sobre barro pudieran contener voces, acuerdos, la textura de conversaciones que habían ocurrido en un día específico de un año específico que ya nadie recordaba por su nombre. Las tablillas sobrevivirían a quienes las escribían. Tal vez a ciudades enteras.

—¿Los dioses también escriben? —preguntó uno de los muchachos desde el fondo.

Nammu permaneció pensativo un momento.

—No lo sé.

La respuesta sorprendió a todos. Los sacerdotes rara vez admitían ignorancia sobre nada relacionado con los dioses: era parte de su función social, la confianza que generaba la certeza. Pero Nammu nunca había parecido preocupado por eso.

—Tal vez los dioses no necesiten escribir —continuó—. Tal vez recuerden todo. —Miró las tablillas apiladas junto a las paredes, centenares de ellas, siglos de memoria acumulada—. O tal vez nosotros escribimos precisamente porque estamos destinados a desaparecer.

El silencio que siguió fue de una calidad diferente al silencio habitual de la sala. Incluso los más inquietos permanecieron quietos, como si la frase hubiera tocado algo que no esperaban encontrar en una clase de registros comerciales.

Enmer sintió nuevamente aquella sensación extraña que lo asaltaba a veces: la de estar a punto de comprender algo que todavía no tenía forma suficiente para ser pensado.

Shara levantó la mano.

—¿Entonces las palabras son más fuertes que las personas?

Nammu la miró. La miró de una manera particular, con una atención que iba más allá de lo que le dedicaba a los demás alumnos, aunque nunca de un modo que pudiera señalarse fácilmente. Era más una vigilancia que una atención. Como si esperara que Shara dijera cosas que todavía no comprendía del todo.

—No —respondió finalmente.

La muchacha pareció confundida.

El sacerdote sonrió apenas.

—Las palabras sobreviven porque primero existieron las personas.

Luego tomó otra tablilla húmeda.

—Escriban.

Los alumnos comenzaron a copiar los signos sobre la arcilla fresca. El sonido de los estiletes llenó la habitación: tik, tik, tik, como pequeñas gotas golpeando piedra, como un reloj de arena multiplicado por diez.

Enmer trabajaba con rapidez. Había heredado la paciencia de su padre y la curiosidad de Nammu: la primera le permitía repetir los signos hasta que le salían bien, la segunda le impedía conformarse con hacerlos mecánicamente. Quería entender qué significaba cada uno, no solo reproducirlo.

Pero Shara terminaba siempre antes. Sin esfuerzo aparente, sin la concentración visible que ponían los demás. Como si los signos fueran una lengua que reconocía en lugar de aprender, como si su mano supiera adónde ir antes de que su mente le diera la instrucción.

Aquello intrigaba a Nammu. Enmer lo había notado: el modo en que el sacerdote se detenía a veces detrás de Shara y observaba su trabajo en silencio, con una expresión

que mezclaba asombro y algo más difícil de identificar. Algo parecido a la preocupación. O al reconocimiento.

Cuando terminaron la práctica, Nammu les dio tiempo libre en el patio.

El sol ya se encontraba alto sobre Eridu. Desde la terraza podían verse los canales atravesando la ciudad como serpientes de plata, y más allá los humedales donde los juncos formaban paredes verdes que se mecían con el viento hasta el horizonte donde comenzaba el cielo.

Shara se apoyó en el borde de piedra. El viento le movía el cabello oscuro, que llevaba suelto esa mañana, y ella lo dejaba, sin el gesto automático con que la mayoría de las personas apartan lo que les molesta la vista.

—¿Alguna vez pensaste en abandonar Eridu? —preguntó.

Enmer tardó en responder.

—Todo el tiempo.

—Yo no.

—¿Nunca?

Shara negó lentamente, sin apartar los ojos del horizonte.

—Siento que algo me espera aquí.

—Quizás sea porque creciste dentro de un templo.

Ella no respondió. Su mirada tenía esa cualidad que aparecía a veces: distante, como si estuviera viendo algo que los demás no podían ver, o escuchando algo que los demás no podían oír. No era una expresión de ausencia sino de concentración extrema hacia algo interior o lejano.

Entonces ocurrió.

Un grupo de aves —garzas blancas, que solían cruzar el cielo de Eridu en formaciones lentas y ordenadas— cambió de dirección de repente, todas a la vez, con la sincronía

perfecta que solo era posible cuando algo las había perturbado desde abajo. Se dispersaron hacia el sur con un ruido de alas que duró apenas un momento y luego desapareció.

Shara observó el horizonte donde las aves habían desaparecido.

—¿Escuchas eso?

Enmer miró a su alrededor.

—¿Qué cosa?

El viento. El agua de los canales. Las voces del mercado llegando desde abajo.

Nada más.

Shara guardó silencio. Pero dentro de ella había algo que no podía ignorar: una presencia en el borde de la percepción, como una voz que hablara desde una habitación contigua, amortiguada por las paredes pero inconfundiblemente real. Profunda. Antigua. Como el sonido que haría el agua si el agua pudiera hablar.

Había aprendido a no mencionarlo. Las primeras veces que lo había hecho, de niña, las otras personas la miraban de una manera que le indicaba claramente que estaba describiendo algo que ellas no experimentaban. Y con el tiempo había comprendido que algunas cosas era mejor guardarlas.

Pero esa mañana la voz era más clara que nunca.

CAPÍTULO IV

El medallón

El calor llegó a Eridu durante los días siguientes con la contundencia de algo que había estado esperando su momento. Los canales empezaron a bajar su nivel, dejando al descubierto franjas de barro oscuro y húmedo a lo largo de las orillas. El aire olía a sal y a juncos en descomposición, y las aves se retiraban hacia las zonas de sombra entre el mediodía y la tarde como si hubieran llegado a un acuerdo colectivo sobre cuándo no valía la pena moverse.

Enmer pasó gran parte de esa semana ayudando a su padre en los depósitos cercanos al puerto. Era trabajo sin glamour: contar cestas, registrar entradas y salidas, verificar que los pesos de piedra correspondieran a las cantidades declaradas, a veces discutir con comerciantes que intentaban hacer pasar quince medidas por veinte. Pero le gustaba. Le gustaba la densidad del lugar, la superposición de olores —lana, aceite, especias, madera húmeda, estiércol de los animales que llegaban vivos y partían muertos— y sobre todo las historias que llegaban con cada caravana.

Los comerciantes traían noticias del mundo como mercancía adicional: guerras en el norte, sequías en el este, tormentas en el mar inferior que habían hundido tres embarcaciones cargadas de cobre. Algunos juraban haber visto criaturas en el desierto que ningún nombre conocido podía describir con precisión. Un viejo mercader de Nippur insistía en que había encontrado, enterrada en la arena al norte de Ur, una ciudad completa cubierta de signos que ningún sacerdote había podido leer todavía.

Lo que Enmer observaba, más allá de las historias individuales, era un patrón. Todos esos hombres, sin importar cuán ricos o cuán miserables fueran, cuánto poder tuvieran o cuánta deuda, cargaban con la misma inquietud fundamental. No todos la nombraban igual. Algunos la llamaban miedo a la ruina, otros miedo al hambre, otros simplemente miedo a morir jóvenes. Pero era la misma cosa, reconocible en el modo

en que apretaban los tratos como si fueran cuerdas de salvamento, en la manera en que hablaban de sus rivales con una intensidad desproporcionada para la cantidad real de cebada o plata involucrada.

El mundo parecía sostenerse, en parte, sobre ese miedo compartido.

Aquella tarde regresó caminando por los canales exteriores. El cielo se teñía de naranja hacia el oeste, y el agua reflejaba fragmentos de esa luz que temblaban entre los juncos como pequeñas llamas horizontales. Era la hora que más le gustaba de Eridu: cuando la actividad del día empezaba a ceder y la ciudad adoptaba una temperatura, tanto literal como anímica, que hacía posible pensar sin interferencia.

Encontró a Shara sentada sobre una piedra junto a la orilla, con los pies descalzos apuntando hacia el agua pero sin tocarla. Parecía distraída: la postura, la mirada, la manera en que sostenía algo entre las manos sin realmente mirarlo. Era el medallón.

El medallón era uno de los pocos misterios permanentes de la vida de Shara, que por lo demás estaba bastante bien explicada: huérfana, criada por los sacerdotes del templo de Enki desde que era un bebé, extraordinariamente dotada para la escritura, algo difícil de definir en lo demás. El medallón lo llevaba siempre, escondido bajo la ropa, y rara vez lo sacaba cuando había otras personas cerca.

Era un objeto extraño. No completamente circular: sus bordes ondulaban de una manera que hacía difícil determinar cuántos lados tenía exactamente, como si su forma fuera una pregunta en lugar de una respuesta. La superficie era de un metal de color dorado oscuro que nadie había sabido identificar con certeza, y sobre ella había signos diminutos grabados con una precisión que ningún artesano de Eridu había logrado igualar. Nammu los había estudiado. Había convocado a escribas de otras ciudades para estudiarlos. Nadie había podido decir qué decían.

Enmer se acercó.

—Otra vez mirando eso.

Shara levantó la vista. Sonrió de la manera que tenía cuando lo veía llegar: como si su presencia fuera algo que esperaba sin haberlo planeado.

—A veces pienso que debería arrojarlo al río.

—Nunca lo harías.

—No. —Observó el objeto en su mano—. Cuando era niña creía que pertenecía a una reina.

—¿Y ahora?

La muchacha permaneció pensativa. El viento agitó levemente la superficie del agua, y los reflejos de luz se multiplicaron por un momento.

—Ahora creo que pertenece a alguien que no quería ser encontrado.

Enmer se sentó a su lado sobre la piedra. El calor del día todavía estaba en ella, pero era un calor suave ya, que se iba enfriando lentamente.

—Nammu dice que los objetos conservan recuerdos.

—Nammu cree muchas cosas.

—La mayoría terminan siendo ciertas.

—Eso no las hace menos perturbadoras.

Shara jugueteó con el medallón, haciéndolo girar entre sus dedos. Era un gesto que hacía cuando pensaba en algo que le resultaba difícil de expresar directamente.

—¿Alguna vez pensaste quién eres realmente? —preguntó.

La pregunta tomó a Enmer por sorpresa.

—Soy Enmer. Hijo de Lugal-Nam. Aprendiz de Nammu.

Ella negó lentamente.

—No. Quiero decir... qué eres. No quién.

El muchacho frunció el ceño.

—Un hombre.

—¿Y eso basta como respuesta?

Enmer permaneció callado. Nunca había pensado demasiado en aquello. La vida en Eridu tenía una claridad que lo hacía innecesario: trabajar, aprender, formar una familia llegado el momento, sobrevivir, dejar algo a quien viniera después. Era suficiente. Era, en general, lo que todos hacían.

Pero Shara hacía preguntas que abrían puertas en lugares donde él no había notado que hubiera paredes.

—A veces siento que el mundo es más extraño de lo que creemos —susurró ella.

No era una queja. Era una constatación, dicha con la voz de alguien que ha llegado a esa conclusión por sus propios medios y no sabe todavía si es liberadora o aterradora.

Entonces el agua se movió.

Primero lentamente. Pequeñas ondas que se expandían desde un punto sin causa aparente, sin viento que las explicara, sin perturbación visible en la superficie. Luego algo emergió desde las profundidades: docenas de peces, peces de canal que no solían acercarse a la orilla, que rodearon el borde del agua junto a los pies de Shara moviéndose en círculos lentos y precisos, como si obedecieran a algo que los demás no podían oír.

Enmer se incorporó de un salto.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —dijo Shara. Y era cierto: sus manos estaban quietas, su postura no había cambiado, no había hecho ningún gesto visible. Pero incluso ella parecía asustada. Miraba los peces con una expresión que Enmer nunca le había visto: no de sorpresa sino de reconocimiento, como si esto ya hubiera ocurrido antes en algún sueño que prefería no haber tenido.

Los peces continuaron agrupándose. Más. El agua entera parecía reorganizarse en torno a la muchacha, como si obedeciera a una gravedad que emanaba de ella y de nada más.

Entonces el medallón comenzó a emitir luz.

Azul. Muy tenue, casi imperceptible, el tipo de brillo que uno podría convencerse de haber imaginado si no hubiera otra persona presente para confirmarlo. Pero estaba allí.

Shara retrocedió de un salto. El brillo desapareció en el mismo instante. Los peces se dispersaron hacia el centro del canal en todas direcciones, con el movimiento nervioso de criaturas que han sido interrumpidas en algo que no sabían que estaban haciendo.

El silencio volvió. Solo el viento entre los juncos. Solo el agua recuperando su apariencia habitual.

Enmer respiraba agitado.

—¿Viste eso?

Shara asintió. No hablaba. En sus ojos había algo que Enmer tardó en identificar porque era una emoción que rara vez le había visto: miedo. No el miedo superficial de quien se asusta de un ruido inesperado, sino algo más antiguo y más hondo, como si una parte de ella hubiera recordado algo que el resto prefería olvidar.

—No se lo digas a nadie —dijo finalmente.

—¿Ni siquiera a Nammu?

Ella dudó. Un segundo. Dos.

—Especialmente a Nammu.

Pero alguien ya los había observado.

Desde la sombra de un grupo de palmeras a una distancia de veinte pasos, el viejo sacerdote permanecía completamente inmóvil. Había bajado al canal por una ruta diferente, llevando tablillas para entregar en uno de los depósitos del puerto, y se había

detenido al ver a los dos jóvenes sentados junto al agua. Había visto los peces acercarse. Había visto el brillo azul del medallón.

Y sintió un estremecimiento que empezó en la base de la espalda y llegó hasta la nuca. Nammu conocía historias que no enseñaba en la sala de enseñanza. Relatos que guardaba en la parte de su memoria que no compartía con los alumnos ni con los sacerdotes más jóvenes ni siquiera con sus colegas de mayor rango. Relatos sobre marcas sagradas que aparecían en el cuerpo de ciertas personas en ciertas generaciones. Sobre niños que habían sido escondidos entre los mortales por razones que los sacerdotes más viejos describían solo en términos vagos: *protección, necesidad, el momento no había llegado todavía*. Sobre la sangre de los dioses mezclada con la de los hombres de maneras que producían no monstruos sino algo diferente: personas que vivían en el borde de dos mundos sin pertenecer completamente a ninguno.

Había creído que eran historias. Leyendas de esas que todo sistema religioso acumula para explicar los casos que no encajan en las categorías habituales.

Ahora miraba el agua que todavía se movía suavemente alrededor de la orilla, y los peces que se alejaban, y la muchacha que sostenía el medallón con una mano que no terminaba de soltar lo que sabía que tenía que guardar.

Cerró lentamente los ojos.

Por primera vez en muchos años —desde la muerte de su maestro, desde que había comprendido que ciertos conocimientos son cargas que se llevan solos— sintió verdadero temor.

No por Shara. Por todo lo que podría venir a buscarla cuando el mundo se enterara de que existía.

PARTE SEGUNDA: EL REY QUE BUSCABA A LOS DIOSES

CAPÍTULO V

La llegada

La noticia llegó a Eridu con las caravanas del norte, que eran siempre las primeras en traer el mundo.

Primero como un rumor: que venía. Luego como una certeza: que venía pronto. Gilgamesh, rey de Uruk, navegaría hacia Ur siguiendo el curso del Éufrates, y su séquito se detendría en las ciudades del sur antes del próximo cambio lunar para hacer ceremonias, para recibir tributos, para ser visto. Porque ser visto era, para ciertos hombres, una forma de gobernar.

La ciudad entera comenzó a prepararse con esa mezcla peculiar de entusiasmo y ansiedad que producen los visitantes poderosos. Los comerciantes ajustaban sus precios hacia arriba y sus registros hacia la invisibilidad. Los sacerdotes organizaban ceremonias de bienvenida con la meticulosidad de quien sabe que los errores protocolares tienen consecuencias diplomáticas. Los funcionarios mandaban limpiar los caminos principales y reparar los muelles deteriorados. Incluso los pescadores parecían trabajar con más rapidez, como si la presencia inminente del rey exigiera de todo el mundo un rendimiento mayor.

La llegada de Gilgamesh nunca era un acontecimiento menor. En las tabernas circulaban historias contradictorias sobre él, como siempre circulan sobre los poderosos: que había derrotado a hombres que medían dos veces lo que un hombre normal, que había luchado contra el toro celestial y sobrevivido, que las murallas de Uruk eran tan inmensas que un águila tardaba media mañana en volar de un

extremo al otro. También se decía que era cruel. Que tomaba lo que quería. Que los hombres que le llevaban la contraria desaparecían de maneras que nadie describía con precisión.

Los campesinos bajaban la voz al hablar del rey.

Las mujeres evitaban pronunciar su nombre demasiado fuerte.

Y los ancianos, en general, callaban.

—¿Es verdad que Gilgamesh es un dios? —preguntó Enmer aquella tarde, mientras ayudaba a su padre a descargar sacos de cebada en el almacén familiar.

Lugal-Nam acomodó una cuerda antes de responder. Era su manera de ganar tiempo cuando la pregunta merecía una respuesta que no fuera la primera que llegaba.

—No.

—Todos dicen que sí.

—Todos dicen demasiadas cosas.

El comerciante limpió el sudor de su frente con el dorso de la mano.

—Es un hombre —dijo—. Pero es un hombre que olvidó sus límites. Y eso lo vuelve más peligroso que cualquier dios.

Aquellas palabras quedaron resonando en la mente de Enmer durante la cena, y seguían allí cuando Nammu llegó a la casa sin haber sido convocado.

El sacerdote llegó después de la puesta del sol, cuando las lámparas de aceite estaban encendidas y el calor del día había cedido lo suficiente para que el patio de la casa fuera un lugar agradable donde sentarse. Tenía la expresión seria que reservaba para las conversaciones que no eran conversaciones ordinarias. Shara venía con él: desde

el episodio junto al canal había adoptado la costumbre de permanecer cerca del anciano, como si su presencia fuera un ancla o una advertencia.

Aceptó la cerveza que le ofreció Lugal-Nam. Bebió un sorbo. Y luego, mirando a Enmer y a Shara alternativamente, dijo:

—Mañana llegará la avanzada de Uruk. Quiero que ambos permanezcan lejos del puerto.

Enmer protestó de inmediato, porque la protesta era el primer reflejo natural ante cualquier restricción.

—¡Pero todos van a verlo! Solo quiero observar la caravana.

—Precisamente.

—Hablas como si fuera un demonio.

—No. —Nammu bebió lentamente—. Los demonios son simples. Gilgamesh no.

El silencio que siguió tenía la textura de las cosas que no se dicen completamente pero que todos los presentes escuchan.

—¿Y qué transforma a los dioses? —preguntó Shara, en la voz que usaba cuando hacía preguntas que parecían laterales pero que nunca lo eran.

Nammu tardó en responder.

—Tal vez nada.

Aquella respuesta inquietó a Enmer más que todo lo demás. Porque comprendió algo que no había articulado antes: Nammu no adoraba a los dioses. Los respetaba, los estudiaba, dedicaba su vida a su servicio. Pero no los adoraba. Había una diferencia

sutil pero real entre ambas cosas, y esa diferencia convertía sus palabras sobre Gilgamesh en algo que merecía atención diferente.

La llegada ocurrió dos días después, al amanecer, con el tipo de espectáculo que los poderosos despliegan cuando quieren asegurarse de que nadie olvide que han pasado.

Las primeras embarcaciones aparecieron por el canal principal antes de que la niebla matinal se hubiera disipado completamente. Soldados en formación en las bordas, escudos de cobre bruñido reflejando la luz escasa del amanecer, estandartes con el símbolo de Uruk moviéndose sobre las aguas con una lentitud que era deliberada: nadie pasa rápido por un lugar del que quiere ser recordado. Detrás llegaron músicos ejecutando ritmos que hacían vibrar el pecho, luego sacerdotes con vestiduras ceremoniales, luego nobles en embarcaciones decoradas con incrustaciones que captaban la luz de maneras que el barro de Eridu nunca hacía.

Enmer y Shara avanzaban entre la multitud desde hacía un rato.

Habían salido antes de que Nammu pudiera rastrear su paradero. Era una desobediencia que ambos sabían que tendrían que pagar, pero que ambos habían decidido cometer sin discutirlo, simplemente porque algunas cosas se deciden antes de que la razón tenga tiempo de intervenir.

—Nos matará cuando regresemos —murmuró Shara.

—Valdrá la pena.

Ella soltó una risa corta. Pero la sonrisa desapareció rápidamente, reemplazada por aquella expresión que Enmer ya reconocía: la de alguien que escucha algo que los demás no pueden oír. Desde la noche anterior había sentido aquella presión extraña en el pecho, como si el aire pesara más de lo habitual o como si algo que estaba debajo del mundo empujara suavemente hacia arriba.

Entonces llegó la embarcación central.

Y sobre ella estaba Gilgamesh.

Enmer sintió el estremecimiento antes de entender bien lo que estaba viendo. No era solo el tamaño del hombre, aunque era inmenso, más alto y más ancho que cualquier persona que hubiera visto, con el cuerpo de alguien que ha pasado décadas sometiéndolo a exigencias que habrían quebrado a otros. Era algo más que el tamaño. Era la manera en que ocupaba el espacio: como si el espacio fuera suyo por derecho y todo lo demás —las embarcaciones, el canal, la multitud, la ciudad entera— existiera en una relación de préstamo con esa propiedad.

Llevaba el cabello largo sujeto con anillos dorados. Una capa azul profundo, del color del cielo justo antes de la noche, se movía detrás de él como si tuviera vida propia. No sonreía. No saludaba. Miraba la ciudad con la expresión de alguien que ha visto suficientes ciudades como para que ninguna le produzca ya entusiasmo genuino.

Pero sus ojos. Sus ojos eran otra cosa.

No transmitían calma ni sabiduría ni poder. Transmitían hambre. Una necesidad inmensa que el tamaño de su cuerpo hacía más sorprendente en lugar de menos: como si nada de lo que había acumulado en toda su vida hubiera logrado llenar algo fundamental que quedaba vacío.

La multitud inclinó la cabeza. Algunos comenzaron a cantar himnos de bienvenida. Otros simplemente observaban con el silencio específico de quien está ante algo que no sabe si admirar o temer.

Gilgamesh avanzó lentamente.

Y entonces levantó la vista.

No hacia la multitud en general. Directamente hacia Shara.

Enmer lo vio. Vio cómo los ojos del rey encontraban los de la muchacha con una precisión que no podía ser casual, como si algo en Gilgamesh hubiera detectado algo en Shara desde la distancia con una sensibilidad que no se explicaba por la vista sola.

El tiempo pareció congelarse en ese intercambio de un segundo.

Shara no se movió. Pero Enmer la conocía lo suficiente para ver lo que ocurría dentro: el ligero endurecimiento de los hombros, la manera en que su mano se cerró instintivamente sobre el lugar donde el medallón descansaba bajo la ropa. Y algo más: aquella voz que había descrito junto al canal, aquel sonido de agua moviéndose en la oscuridad, sonaba ahora más fuerte.

Gilgamesh frunció apenas el ceño. Como si hubiera reconocido algo que no esperaba encontrar aquí. Como si hubiera viajado buscando una señal y la señal hubiera resultado ser algo diferente de lo que imaginaba.

Luego la caravana continuó avanzando. El momento se disolvió como se disuelven todas las cosas que son demasiado precisas para durar.

Y aun así Shara comprendió algo que le helaba la sangre: el rey la había visto. No como un hombre observa entre una multitud a alguien que le resulta atractivo. La había visto de la manera en que un cazador experimentado detecta, en el silencio del bosque, el rastro de algo que ha estado buscando durante mucho tiempo.

Sobre las terrazas superiores del zigurat, Nammu contemplaba la escena con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

Había visto la expresión de Gilgamesh.

Y sabía exactamente qué significaba.

CAPÍTULO VI

El incidente

Eridu siguió celebrando durante horas después de la llegada.

Las tabernas desbordaban de viajeros y de residentes que aprovechaban la excusa del visitante para gastos que normalmente reservaban para las festividades de los dioses. Los mercados permanecieron abiertos más allá del atardecer. Los músicos recorrían las calles principales con antorchas, y los sacerdotes menores organizaban bendiciones improvisadas en los cruces de caminos. Desde lejos, desde fuera de la ciudad, Eridu debía de verse como un organismo luminoso pulsando con energía que no solía tener.

Pero debajo de esa energía existía algo más. Una tensión que no era exactamente miedo ni exactamente expectativa, sino algo entre ambas cosas: la sensación de que la ciudad había dejado de pertenecerse completamente a sí misma.

Enmer caminaba junto a Shara por los puestos iluminados con lámparas de aceite, entre el olor de la carne asada y las especias importadas y el sudor de la multitud. La muchacha había estado distraída desde la llegada de la caravana, respondiendo a lo que él decía con un retraso de medio segundo, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar y solo una parte menor de su atención estuviera disponible para la conversación.

—Sigues pensando en él.

—No.

Pero mentía, y ambos lo sabían.

Aquella mirada. No podía sacársela de la mente. No porque el rey le resultara atractivo —había en él algo que iba más allá de esas categorías simples— sino porque en esa fracción de segundo había tenido la certeza de que Gilgamesh la había reconocido. No a ella, Shara, la huérfana criada por los sacerdotes de Eridu. A algo que ella llevaba. A algo que era parte de ella sin que ella pudiera explicar del todo cómo.

El medallón le quemaba contra el pecho.

—Mi padre dice que mañana partirán hacia Ur —intentó Enmer.

—Ojalá.

La respuesta salió demasiado deprisa. Enmer la observó con preocupación que no intentó disimular.

—¿Qué te ocurre?

Shara posó una mano sobre el medallón bajo la ropa.

—Siento que algo se acerca.

Antes de que Enmer pudiera responder, la caravana real irrumpió en la calle principal por la que caminaban.

No era una sorpresa que los cortejos reales se movieran durante la noche: era el momento de las celebraciones, de las cenas con las autoridades locales, de los gestos de favor y de poder que se hacían mejor a la luz de las antorchas que bajo el sol. Pero la velocidad con que los soldados despejaban el camino, empujando personas hacia los lados con una eficiencia que no distinguía entre quienes se apartaban voluntariamente y quienes tardaban en comprender lo que ocurría, produjo el caos habitual de estas situaciones.

Enmer vio a Shara al otro lado del camino antes de que la columna de soldados la separara del todo.

Levantó la mano.

Ella levantó la mano.

Y entonces cometió el error que cometen los que tienen catorce años y actúan antes de pensar: corrió.

Sus sandalias resbalaron sobre el barro húmedo de la calle. Perdió el equilibrio de una manera que no había manera de recuperar, el tipo de caída que se produce de golpe y sin transición, y fue a terminar exactamente donde no debía: en el suelo, frente a los primeros soldados de la guardia real.

Las lanzas descendieron.

Eran hombres entrenados para reaccionar ante las amenazas antes de evaluarlas, y un cuerpo que caía hacia la columna era, en el repertorio de sus reflejos, una amenaza. Las puntas de metal estaban a centímetros del cuello de Enmer antes de que él pudiera siquiera procesar lo que había ocurrido. El suelo era frío y húmedo. El olor a metal y sudor era abrumador. La multitud retrocedió con el ruido colectivo del miedo.

—¡Deténganse!

La voz de Shara cortó el ruido. Había cruzado el camino sin que los soldados pudieran reaccionar a tiempo —o tal vez sin que se lo permitieran, porque había algo en ella que incluso esos hombres duros dudaron en detener— y se había interpuesto entre las lanzas y el muchacho en el suelo.

Los soldados vacilaron. No por compasión, sino por confusión: nadie se interponía voluntariamente entre las armas reales y un objetivo. Era el comportamiento de

alguien que no comprendía las reglas, o que comprendía reglas completamente diferentes.

Entonces una voz atravesó todo el ruido.

Profunda. Con la calidad particular de las voces que nunca tienen que repetirse porque la primera vez es suficiente.

—Bajen las armas.

Gilgamesh había desmontado.

Se movía entre sus propios soldados con la facilidad de quien camina entre árboles en su propio bosque: sin apresurarse, sin dudar, asumiendo que el camino se abrirá porque siempre se abre. Se detuvo frente a los dos jóvenes y los observó en silencio durante un momento que pareció durar más de lo que duró.

No miraba a Enmer.

Miraba a Shara.

Con una intensidad que no era el deseo simple de un hombre poderoso ante alguien que le resulta hermoso —aunque era también eso, en un estrato superficial— sino algo más complejo. El tipo de mirada que se dirige a algo que se ha buscado durante mucho tiempo y que finalmente aparece en un lugar inesperado.

El viento movió el cabello de Shara. Y el medallón, que se había escurrido parcialmente hacia fuera durante el forcejeo del cruce, captó por un instante la luz de las antorchas más cercanas.

Gilgamesh quedó inmóvil.

Pronunció algo. Una sola palabra, en una lengua que ninguno de los presentes reconoció: no era sumerio ni acadio ni ninguno de los dialectos que circulaban por

las rutas comerciales. Era algo anterior a todo eso, algo que sonaba como si hubiera sido inventado para nombrar cosas que no tenían nombre en ninguna lengua humana.

Shara sintió un dolor agudo en el pecho, como si la palabra hubiera aterrizado físicamente sobre el medallón. El objeto se calentó de golpe bajo la tela.

Gilgamesh dejó caer la lanza que había tomado de uno de los guardias.

—Llévenlos al palacio.

Lugal-Nam apareció en ese momento, abriéndose paso entre la multitud con la desesperación de un hombre que ha estado buscando a su hijo y que llega exactamente cuando ya no hay nada que pueda hacer.

—¡Mi hijo no hizo nada! ¡Fue un accidente!

Los soldados lo apartaron. Uno colocó una lanza en sentido horizontal contra su pecho, sin violencia pero sin posibilidad de malentendido.

—Retrocede, comerciante.

Lugal-Nam miraba impotente. Enmer, mientras era sujetado por dos guardias, alcanzó a ver la cara de su padre: no asustada, sino con esa expresión particular que tienen los hombres que han visto suficiente del mundo como para saber exactamente cuánto valen su impotencia y cuánto valen las palabras que quisieran decir en ese momento.

—¡Padre!

—Silencio.

Los soldados se movieron. Shara caminaba con ellos sin resistirse, pero Enmer podía ver en la tensión de sus hombros, en la manera en que llevaba el mentón ligeramente

alzado, que no era sumisión: era una decisión. Había decidido ir porque resistirse en ese momento era inútil y porque había algo en aquella situación que necesitaba entender antes de poder afrontarlo.

Eridu los observó alejarse en absoluto silencio.

Lugal-Nam subió las escalinatas del zigurat sin detenerse a recuperar el aliento. Encontró a Nammu en la terraza superior, inmóvil frente al horizonte donde las luces del palacio ceremonial brillaban entre la oscuridad.

—Se los llevaron.

Nammu cerró los ojos. Lo cerró de una manera que no era sorpresa sino confirmación de algo que había temido con suficiente concreción como para que llegara a sonar a alivio cuando se volvía real.

—Debemos hablar con las autoridades. Tú eres sacerdote, puedes interceder.

—No será suficiente.

—¡Entonces haremos cualquier cosa!

Nammu abrió los ojos. Miró las aguas oscuras del Éufrates en la distancia, donde la luna dibujaba un camino plateado que llegaba hasta el horizonte.

—No comprendes quién es realmente Gilgamesh —dijo.

Lugal-Nam respiraba con la furia contenida de quien no puede hacer lo que quiere hacer.

—Es un rey.

—No. —Nammu hizo una pausa—. Es un hombre que está buscando a los dioses.

El silencio cayó entre ambos como algo físico.

—Y creo —añadió el sacerdote en voz baja, mirando las luces del palacio— que acaba de encontrar lo que estaba buscando.

CAPÍTULO VII

La marca de Enki

El palacio ceremonial de Eridu había sido construido décadas atrás para alojar a los visitantes que el templo no podía recibir y que la ciudad quería honrar sin cederles espacio en sus propias casas: reyes de paso, emisarios de potencias lejanas, comerciantes tan ricos que habían superado el umbral donde la diferencia entre un mercader próspero y un noble resultaba difícil de sostener. Sus muros interiores estaban cubiertos de relieves en bajorrelieve: toros alados, criaturas del mar que ningún pescador de agua dulce había visto jamás, figuras de hombres y dioses en conversación cuyos gestos eran ambiguos, como si el escultor hubiera querido que quien mirara decidiera por sí mismo quién estaba enseñando y quién aprendiendo.

De noche, iluminado solo por antorchas en los pasillos, el palacio tenía una cualidad que las festividades diurnas le quitaban: parecía antiguo de una manera que iba más allá de los años de su construcción, como si las piedras hubieran absorbido memorias de las que no podían deshacerse.

Los soldados condujeron a Enmer y Shara a través de los pasillos largos. El ruido de las celebraciones se fue apagando detrás de ellos, reemplazado por el silencio espeso de los corredores interiores y luego por algo diferente: una quietud que no era ausencia de sonido sino presencia de algo que no hacía ruido.

La sala principal estaba sostenida por columnas de piedra que llegaban hasta un techo alto y oscuro. En el centro, sobre un asiento de madera oscura decorado con incrustaciones de cobre, Gilgamesh esperaba.

Solo.

Había despedido a sus asistentes. Era una señal que los soldados que conocían al rey interpretaban correctamente: cuando quería estar solo con alguien, era porque lo que iba a ocurrir no era para testigos.

Observó a los dos jóvenes en silencio durante un momento.

—¿Son hermanos? —preguntó.

—No —respondió Enmer.

—¿Esposa?

—No.

Gilgamesh dirigió su atención hacia Shara.

—¿Amante?

El muchacho vaciló. Shara intervino.

—Somos amigos.

El rey soltó una risa breve. Era una risa extraña: no de alegría ni de ironía sino de algo más parecido al cansancio, como el sonido que hace alguien que ha escuchado la misma respuesta demasiadas veces.

—Los hombres siempre dicen eso —dijo— antes de comprender sus verdaderos deseos.

Se incorporó. Su tamaño, que desde la distancia de la calle era impresionante, resultaba en esta sala algo de otra naturaleza: era como si la habitación, que era grande, fuera de repente demasiado pequeña. No porque él ocupara el espacio físico de manera desproporcionada, sino porque ocupaba el espacio de otra manera que era difícil de nombrar.

Caminó alrededor de ambos sin prisa.

—La joven es hermosa.

Shara retrocedió un paso.

—No tienes derecho.

Gilgamesh la miró con algo que podría haber sido sorpresa si los reyes se permitieran sorprenderse.

—Soy rey de Uruk.

Lo dijo con la misma calma con que se enuncia un hecho natural. No como amenaza sino como información: así son las cosas, este es el orden del mundo.

Enmer dio un paso adelante. Los guardias que permanecían junto a las puertas reaccionaron antes de que pudiera completar el movimiento.

—¡Suéltala!

Gilgamesh ni siquiera lo miró.

—Llévense al muchacho.

Lo que siguió fue breve y brutal en la manera en que son breves y brutales las cosas que dependen de la fuerza: Enmer fue arrastrado hacia una puerta lateral mientras forcejeaba inútilmente contra hombres que lo triplicaban en masa. Shara intentó acercarse a él. Los soldados la detuvieron.

—¡No!

Las puertas se cerraron.

El silencio que quedó era de una textura particular: el silencio que sigue al ruido de los cuerpos resistiéndose y luego cediendo.

Gilgamesh observó a Shara.

Ella estaba de espaldas a una de las columnas, la respiración agitada pero el rostro controlado. Había en ella algo que el rey encontraba perturbador de una manera que no podía precisar del todo: no era el miedo que esperaba. Era otra cosa. Era como estar frente a alguien que sabe algo que tú no sabes, y que espera con paciencia a que lo descubras por ti mismo.

Avanzó hacia ella.

—¿Quién eres?

—Lo sabes.

—No.

Se detuvo demasiado cerca. Shara no retrocedió más: la columna estaba detrás de ella y retroceder habría sido ceder terreno en un sentido que iba más allá del físico.

—Nunca había visto algo así —murmuró el rey.

Extendió la mano hacia las telas de su túnica. Shara forcejeó. El rey sujetó con más fuerza, y en el movimiento —en esa fracción de segundo de resistencia y fuerza aplicada— la tela se rasgó parcialmente.

Y entonces la vio.

La marca en la espalda de Shara.

Un símbolo formado por líneas curvas entrelazadas que se cruzaban en el centro y se expandían hacia afuera en patrones que evocaban simultáneamente el agua en

movimiento y algo imposible de nombrar: corrientes, espirales, flujos. No era un tatuaje: era algo que parecía estar en la piel misma, como si hubiera sido puesto allí antes del nacimiento.

El sello de Enki.

Gilgamesh quedó inmóvil.

Todo cambió en él de una manera que Shara pudo percibir aunque no podía ver su rostro: la tensión que lo había llenado desde el momento en que la había visto en el canal —la tensión del depredador ante la presa— se disolvió, reemplazada por algo completamente diferente. Retrocedió. No un paso sino dos.

Como si acabara de ver algo sagrado.

O aterrador.

O ambas cosas, que a veces son lo mismo.

—Es real —susurró. No para ella. Para sí mismo.

El medallón comenzó a emitir nuevamente aquel resplandor azul, tenue pero inequívoco. Las antorchas de la sala parpadearon. El aire se volvió más frío de golpe, como cuando la temperatura cae antes de una tormenta, aunque el cielo sobre Eridu estaba despejado.

Gilgamesh dio otro paso atrás.

Por primera vez en muchos años —desde la muerte de Enkidu, desde que había comprendido en el fondo del océano que la planta de la inmortalidad no crecía donde la buscaba— sintió algo que casi había olvidado.

Miedo sagrado.

No el miedo a morir, que conocía bien y con el que había aprendido a convivir empujándolo hacia el centro de su ambición. Este era diferente: el miedo que producen las cosas que son más antiguas que uno, que existían antes de que uno existiera y que seguirán existiendo después. El miedo que hace pequeño a un hombre no de manera humillante sino de manera verdadera.

El miedo que produce el contacto con lo sagrado.

Shara lo observaba. Confundida todavía, pero observando.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Gilgamesh tardó en responder. Sus ojos seguían fijos en la marca que ahora quedaba parcialmente oculta de nuevo bajo las telas rasgadas.

—Significa —comenzó, y luego se detuvo.

Porque en realidad no lo sabía con precisión. Conocía los relatos que los sacerdotes más viejos transmitían en voz baja a los que tenían rango suficiente para escucharlos: sobre marcas sagradas, sobre personas que llevaban en el cuerpo señales de algo que iba más allá de lo humano, sobre la sangre de los dioses que a veces aparecía en lugares inesperados generaciones después de que se pensaba que se había diluido por completo.

Sobre el sello de Enki, que nunca había sido visto en un cuerpo humano. Solo descrito en relatos que la mayoría de los sacerdotes consideraban metáforas.

Pero también sabía otra cosa, la que importaba en este momento: si Shara llevaba ese sello, entonces había una manera de llegar a Enki a través de ella. Una manera de encontrar finalmente lo que había estado buscando.

No el poder. No la gloria. La inmortalidad. La respuesta a la pregunta que lo había perseguido durante décadas en la oscuridad de sus habitaciones.

La intensidad que volvió a sus ojos no era la del depredador. Era la del desesperado.

—Nadie volverá a tocarle —dijo finalmente.

Llamó a los guardias.

—Preparen habitaciones privadas para ella. Con guardia constante. —Una pausa—.
Guardia de mi parte. Nadie más entra sin mi permiso personal.

Los soldados se miraron brevemente, intercambiando la confusión sin palabras que tienen los que sirven al poder y a veces no comprenden para qué.

—¿Mi señor?

—Obedezcan.

Mientras conducían a Shara fuera de la sala, Gilgamesh permaneció inmóvil mirando el lugar donde la marca había estado. Luego levantó lentamente los ojos hacia la oscuridad del techo, donde las sombras de las antorchas construían y deconstruían formas cambiantes.

Y susurró algo que no iba dirigido a ninguna persona presente en aquella sala.

—Muéstrame el camino.

Muy lejos de allí, en algún lugar que no estaba sobre la tierra sino debajo de ella, en el lugar donde las primeras aguas todavía dormían desde antes de que el tiempo comenzara a contar, algo se movió suavemente.

Como si hubiera escuchado.

CAPÍTULO VIII

El descenso

Nammu abrió la puerta de piedra.

Lo hizo con las manos desnudas apoyadas sobre las grietas donde el trabajo de generaciones de sacerdotes había suavizado los bordes, pronunciando palabras en un idioma que Enmer, de pie a su lado, no podía seguir: no porque el idioma fuera incomprensible sino porque parecía estar compuesto de elementos que el oído humano percibía sin que la mente pudiera procesarlos completamente, como escuchar música en una frecuencia que el cuerpo siente pero que la consciencia no puede nombrar.

Las antorchas de la terraza superior del zigurat temblaron. El aire se volvió más frío con rapidez.

La piedra se movió.

Era un sonido que Enmer recordaría el resto de su vida: no el sonido de la piedra arrastrándose sobre piedra, sino algo más profundo, como si el movimiento de aquella puerta despertara resonancias en las entrañas de la ciudad, en los cimientos del zigurat, en el suelo mismo bajo sus pies.

La oscuridad que reveló la puerta era de una cualidad diferente a la oscuridad ordinaria. Era, de alguna manera, una oscuridad con peso.

Gilgamesh no vaciló. Avanzó hacia ella sin la precaución que habría tenido cualquier otro hombre, con la seguridad de quien está convencido de que lo que hay del otro lado es exactamente lo que ha estado buscando durante décadas.

—Nadie más continúa —ordenó a sus guardias.

Los soldados obedecieron con evidente alivio.

Solo Shara y Nammu y Enmer lo siguieron hacia las profundidades.

La puerta volvió a cerrarse detrás de ellos. El sonido del mundo exterior —el viento, las voces distantes de la ciudad, el agua de los canales— desapareció de golpe, como si alguien hubiera cerrado una mano sobre todos esos sonidos a la vez.

Descendieron.

Las escaleras eran anchas y regulares al principio, pero a medida que bajaban cambiaban de carácter: se volvían irregulares, más antiguas, talladas en la roca viva por herramientas que nadie había visto en siglos. El aire olía a agua que había permanecido en el mismo lugar desde tiempos anteriores a cualquier ciudad, a oscuridad húmeda, a algo que no tenía nombre en ninguna lengua que Enmer conociera.

Nammu llevaba una lámpara de aceite que proyectaba un círculo de luz apenas suficiente para ver los tres pasos siguientes. Enmer caminaba cerca de él. Shara iba delante, junto a Gilgamesh, aunque entre ambos había una distancia que ninguno cruzaba.

El muchacho había salido de la habitación donde lo habían encerrado durante la noche porque alguien había cometido el error de creer que una puerta de madera era suficiente para un muchacho que había pasado años aprendiendo de un comerciante cómo funcionan los cierres. Había encontrado a Nammu en el patio inferior del zigurat preparando algo que el sacerdote no le explicó con palabras pero que le explicó con el gesto de señalar hacia arriba y luego hacia abajo y luego con una expresión que en él equivalía a *sígueme y no hagas ruido*.

Shara había aparecido también, conducida por guardias que habían recibido instrucciones de Gilgamesh que ahora cumplían con la eficiencia indiferente de quienes siguen órdenes sin entenderlas.

Y ahora los cuatro descendían.

Gilgamesh caminaba con la tensión concentrada de quien ha llegado al borde de algo que ha buscado durante toda su vida. Enmer podía percibirlo desde atrás: en los hombros ligeramente alzados, en el paso que era rápido sin ser precipitado, en la manera en que sus manos colgaban a los lados con los dedos ligeramente abiertos, como preparándose para tomar algo.

Dentro de Gilgamesh, mientras bajaba, el tiempo se acortaba y se expandía alternadamente de maneras que no había experimentado antes. Cada escalón era un año menos de su vida restante. Cada escalón era también la posibilidad de que eso no tuviera que ser verdad.

Había buscado la inmortalidad en las profundidades del océano y en los confines del mundo conocido. Había hablado con Utnapishtim, el único hombre que la había obtenido, y Utnapishtim le había dicho que era imposible. Pero Utnapishtim mismo era la prueba de que no lo era. Y si Enki había puesto su sello sobre esta muchacha, si Enki había dejado en el mundo una señal que conducía hasta él...

Entonces tal vez el dios de las aguas tenía algo distinto para decirle.

Shara escuchaba.

No con los oídos. Con algo que no sabía nombrar: una sensibilidad que se había vuelto más aguda desde el episodio junto al canal, desde que el medallón había brillado y los peces habían formado círculos en torno a ella. La voz que había oído siempre como algo lejano y amortiguado se volvía ahora más clara a medida que

descendían, como si estuvieran acercándose a la fuente de algo que siempre había existido debajo del mundo ordinario.

Estuviste aquí antes, decía la voz. No en palabras exactamente. En una certeza que no había memorias que la sustentaran pero que era tan sólida como una pared.

Enmer caminaba y pensaba en su padre.

Pensaba en la cara de Lugal-Nam en el canal cuando los soldados lo apartaron. En la impotencia de ese momento, que era también la impotencia de toda su vida: un hombre bueno que sabía exactamente cuánto valían sus palabras en el mundo y que seguía usándolas de todas maneras porque era todo lo que tenía. Pensaba en el zigurat bajo la primera luz del día, y en las tablillas que los escribas llevaban hacia los depósitos, y en el sonido del estilete sobre la arcilla.

Tik. Tik. Tik.

Entonces llegaron al final del túnel.

Nammu levantó la lámpara.

Y el mundo cambió.

Enmer contuvo el aliento. Shara se detuvo. Incluso Gilgamesh —que no se detenía fácilmente— se quedó un momento inmóvil.

Frente a ellos se extendía el Abzu.

Un océano subterráneo que no tenía orillas visibles en tres de los cuatro puntos cardinales: se extendía hacia la oscuridad en todas direcciones hasta desaparecer en una lejanía que la mente rechazaba calcular. Las aguas eran negras, perfectamente inmóviles, sin el más mínimo movimiento en la superficie. Ni viento. Ni sonido.

Y sobre esa superficie negra, perfectamente quieta, flotaban estrellas.

Miles. Decenas de miles. No el reflejo del cielo de arriba —estaban demasiado profundos para eso— sino algo diferente: una constelación propia, el cielo particular de un lugar que existía fuera del mundo ordinario. Algunas de esas estrellas se movían lentamente, describiendo arcos que no correspondían a ninguna astronomía conocida.

Desde las aguas emergían estructuras: columnas de piedra que se alzaban hasta alturas imposibles de medir en la oscuridad, escalinatas que ascendían hasta lugares que no podían verse, puentes que conectaban puntos que no se alcanzaban a distinguir. Todo construido con una precisión que no era humana, siguiendo principios de proporción que la mente podía percibir como belleza sin poder describir como matemática.

Enmer sintió vértigo. No el vértigo de las alturas sino algo más hondo: el vértigo de comprender, de golpe, que el mundo era inmensamente más grande de lo que había creído.

Nammu habló en voz baja.

—Aquí nacieron las primeras aguas. Y aquí los dioses aprendieron los secretos de la creación.

Gilgamesh avanzó hasta el borde.

Las estrellas reflejadas bajo sus pies parecían moverse mientras él se movía, como si respondieran a su presencia.

—¿Enki vive aquí?

—Enki existe aquí —corrigió Nammu.

La diferencia inquietó al rey de una manera que no esperaba: existir era diferente de vivir. Existir era una categoría más amplia, más antigua, menos sujeta a las condiciones que hacían frágil a la vida.

Entonces el medallón de Shara comenzó a brillar.

No el brillo tenue de antes. Esta vez era intenso, del azul más profundo que Enmer había visto en ninguna cosa material, el azul que está justo antes de que el azul se vuelva negro. Iluminaba el rostro de Shara desde abajo con una luz que hacía que sus facciones parecieran esculpidas en lugar de vivientes.

Las aguas del Abzu respondieron.

Ondas gigantescas comenzaron a expandirse desde el centro invisible del océano subterráneo, alcanzando la orilla donde estaban los cuatro con la suavidad de algo que no pretendía amenazar sino comunicar. Las columnas en la distancia vibraron con un sonido que no era exactamente sonido sino más parecido a lo que sentiría un hombre si le pusieran las manos en el pecho mientras algo muy grande hablaba.

Shara cayó de rodillas.

No por debilidad: era el peso de algo que entraba en ella con una fuerza que sus piernas no podían sostener. Voces. Miles de voces, o algo que se parecía a voces: memorias que no eran las suyas, nombres de personas que nunca había conocido, imágenes de ciudades que no existían en ningún mapa. La historia del mundo fluyendo a través del agua y a través de ella como si fuera un canal entre dos cosas que necesitaban comunicarse.

Gilgamesh extendió el brazo para sostenerla.

Algo invisible detuvo su mano.

No físicamente. Era más que eso: una comprensión que llegó a través de los dedos antes de que su mente pudiera articularla. Este momento no era suyo para interferir.

Las aguas comenzaron a elevarse.

Lentamente, desde el centro del Abzu, algo ascendió. No un cuerpo, exactamente: más bien una condensación de todo lo que había en aquel lugar —el agua, las estrellas, la oscuridad, la presencia que había sido siempre parte del aire de ese lugar — adoptando una forma que oscilaba entre lo humano y lo que el agua hace cuando algo la organiza desde adentro.

Los ojos se abrieron.

Brillaban como estrellas sumergidas. No como el brillo de las antorchas: como el brillo de algo que produce su propia luz porque ha producido siempre su propia luz.

Entonces la voz atravesó el Abzu.

No sonó. Existió. Era la diferencia entre escuchar una palabra y comprender que esa palabra siempre había estado allí, que el mundo estaba construido parcialmente de ella.

—Shara.

La muchacha levantó la cabeza.

Y en ese instante comprendió algo que sería imposible de explicar después con precisión pero que en el momento era absolutamente claro: aquella voz la había llamado antes de que ella existiera. La había llamado en el silencio de tiempos anteriores a su nacimiento, y lo que ella había escuchado siempre como un murmullo detrás del mundo ordinario no era otra cosa que ese llamado viajando hacia adelante en el tiempo, buscándola.

Gilgamesh retrocedió.

Por primera vez en toda su vida de guerrero y conquistador y rey, el miedo que sintió no tenía ninguna de las formas que conocía. No era el miedo al dolor ni a la derrota ni a la muerte. Era algo más parecido a la comprensión súbita de cuán pequeño era el lugar que ocupaba en el orden real de las cosas.

No lo aplastó. Lo redujo a su tamaño verdadero.

Nammu inclinó la cabeza.

—Enki.

El señor del Abzu observó a la muchacha arrodillada junto al borde del océano que era su hogar y su sustancia y todo lo que era. Y las aguas del mundo, por un momento, guardaron silencio.

CAPÍTULO IX

La hija perdida

El silencio del Abzu era de una naturaleza diferente al silencio de la superficie.

En la superficie, el silencio era ausencia: ausencia de voces, de viento, de movimiento. Era lo que quedaba cuando las cosas se callaban. Aquí abajo, el silencio era una presencia en sí misma: algo que existía de manera positiva, que tenía peso y textura, que llevaba dentro de sí todo el tiempo que había transcurrido en ese lugar antes de que existieran palabras para nombrarlo.

Shara permanecía de rodillas junto al borde del océano oscuro. El resplandor del medallón iluminaba su rostro desde abajo, creando sombras que iban en la dirección equivocada.

Frente a ella, Enki.

Su forma no era estable. A veces era la forma de un hombre: alto, antiguo, con rasgos que no pertenecían a ninguna ciudad ni a ninguna generación de hombres sino a algo anterior a todas ellas. A veces era corriente: agua en movimiento que adoptaba la sugerencia de una forma sin comprometerse con ella. A veces era simplemente presencia, sin contorno visible, sin nada que el ojo pudiera fijar con certeza.

Mirarlo demasiado rato producía la misma sensación que mirar directamente el sol: no daño, sino la comprensión de que uno no está hecho para sostener esa imagen.

Gilgamesh había retrocedido hasta quedar junto a Nammu y Enmer. Los tres observaban en silencio. El rey tenía los brazos cruzados sobre el pecho, los puños cerrados sobre los propios codos, en la postura de quien necesita algo a qué aferrarse.

Enki descendió sobre las aguas.

Cada movimiento suyo producía un efecto en el Abzu: las estrellas reflejadas se reorganizaban, las columnas vibraban suavemente, el aire se movía de maneras que no correspondían a ninguna fuente visible de movimiento.

—Has regresado —dijo.

La voz de Enki no tenía un punto de origen. Llegaba desde todas partes a la vez, o desde ninguna en particular. No era un sonido que se oyera con los oídos sino algo que se recibía de manera más directa, como si las palabras omitieran el paso intermedio del aire y llegaran directamente al lugar donde se comprenden las cosas.

Shara intentó hablar.

—¿Quién... soy?

Las aguas permanecieron quietas durante un instante que pareció extenderse.

Nammu, a unos pasos de distancia, inclinó levemente la cabeza. Comprendía que estaba presenciando algo que pertenecía a una categoría diferente de las revelaciones religiosas habituales: no la confirmación de doctrinas sino el encuentro real entre dos cosas que habían estado separadas y que el mundo había esperado que se encontraran.

Enki observó el medallón.

—Ese objeto fue creado antes de las murallas de Uruk. Antes incluso de ciudades cuyos nombres ya nadie recuerda.

Gilgamesh sintió algo moverse dentro de él. Una referencia temporal que hacía que la historia de Uruk, de la que estaba tan orgulloso, se volviera de repente reciente.

—¿Fue mío? —preguntó Shara, sosteniendo el medallón entre sus manos temblorosas.

—Siempre lo fue.

El océano oscuro comenzó a iluminarse desde adentro, como si la oscuridad tuviera capas y las capas más profundas contuvieran una luminosidad que nunca había llegado a la superficie.

Imágenes aparecieron sobre las aguas.

No estáticas: en movimiento, como si el agua fuera una superficie donde el tiempo proyectaba lo que había guardado. Una mujer con túnicas blancas. Un templo más antiguo que el de Eridu, construido con piedra de un color que no era el habitual en las construcciones sumerias. Sacerdotes corriendo. Fuego. La confusión específica de la violencia que tiene un propósito. Un niño envuelto en telas, pequeño todavía para comprender lo que ocurría.

Shara miraba las imágenes con algo que no era exactamente reconocimiento —no tenía recuerdos de esas escenas— sino algo anterior al recuerdo. Algo que el cuerpo sabe antes de que la mente lo articule.

—¿Esa soy yo? —preguntó.

Enki asintió lentamente.

—Los hombres comenzaron a temer aquello que no comprendían.

Las imágenes cambiaron. Soldados entrando en el santuario con el tipo de determinación que tienen los que actúan bajo órdenes que prefieren no examinar demasiado. Estatuas derrumbadas. Sangre oscura sobre la piedra clara.

—Quisieron utilizarte. —La voz de Enki llevaba algo que podría haber sido tristeza si los dioses sintieran tristeza de la misma manera que los hombres—. Otros quisieron destruirte. Entre los dioses hay diferencias tan antiguas como entre los hombres.

Las aguas mostraron entonces a una mujer huyendo de noche. Corría con una niña en brazos, con el tipo de desesperación que no puede sostenerse durante mucho tiempo pero que en el momento no deja opción. Canales que reflejaban tormentas. El zigurat de Eridu apareciendo entre la lluvia. Y luego oscuridad.

Shara tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Mi madre?

El Abzu guardó luto en silencio.

—Murió protegiéndote.

La muchacha cerró los ojos. Respiró una vez, profundo, con el control de quien ha aprendido a no dejar que las cosas que duran más se paguen en el momento en que se conocen.

Gilgamesh observaba las imágenes. Las imágenes habían terminado pero él seguía mirando el agua como si esperara más, y en su cabeza una única idea giraba con la insistencia de algo que no puede ser ignorado: si Shara era la hija de Enki, si Enki estaba aquí frente a él, entonces la conversación que había soñado tener durante años estaba ocurriendo ahora.

Avanzó.

—Si ella es tu hija —dijo—, entonces conoces los secretos de la vida.

Nammu cerró los ojos. Sabía exactamente hacia dónde se dirigía aquello.

Enki volvió la mirada hacia el rey. Y el rey sintió nuevamente ese miedo sagrado que lo había reducido a su tamaño real, pero esta vez lo sostuvo. Se mantuvo de pie dentro de él.

—He visto morir a guerreros —dijo Gilgamesh. Su voz había perdido el registro del comandante. Era la voz de un hombre que habla de algo que lo mantiene despierto de noche—. He visto desaparecer ciudades. He cruzado el océano y descendido a las profundidades buscando lo que busco. Y cada noche sueño con mi propia muerte. No como un hombre sueña con una posibilidad lejana. Como un hombre sueña con algo que ya puede oler.

El silencio del Abzu se extendió alrededor de esas palabras.

—No quiero desaparecer —dijo finalmente.

Y en esa confesión —que no era la voz del conquistador ni la del tirano sino algo que los dos habían estado recubriendo durante décadas— había algo que era completamente, inesperadamente humano.

Enki lo observó durante un momento que pareció extenderse más allá de sus bordes naturales.

—Y aun así desaparecerás.

Las palabras golpearon a Gilgamesh con la fuerza de algo que uno sabe pero que necesita escuchar dicho en voz alta para poder confrontarlo.

El rey apretó los puños.

—¡Soy descendiente de los dioses!

La oscuridad bajo las aguas se movió.

—Precisamente por eso sufres más que los demás hombres.

Gilgamesh quedó inmóvil.

—Los animales no piensan en la eternidad —continuó Enki. Las estrellas reflejadas comenzaron a girar lentamente alrededor de su figura—. Pero tú sí. Y esa es una carga que ningún cuerpo, por más fuerte que sea, puede sostener sin costo.

Shara observaba. Y vio algo que nadie más en esa sala estaba viendo: tristeza. No solo en Gilgamesh —eso era evidente— sino también en Enki. La misma tristeza, en versiones diferentes de la misma especie. Como si ambos, el rey y el dios, llevaran el mismo peso de distintas maneras.

—Los hombres creen que los dioses son libres —dijo Enki finalmente—. No lo somos.

Nammu levantó la vista. Incluso él pareció sorprendido por eso.

—Existimos mientras el mundo exista. No podemos marcharnos. No podemos cambiar lo que somos. No podemos elegir olvidar lo que hemos visto. —La figura de agua observó las estrellas que flotaban bajo ella—. Pero ustedes...

Miró a Gilgamesh. Luego a Shara. Luego, brevemente, a Enmer.

—Ustedes pueden cambiar.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando algo que debería ser obvio resulta ser, de repente, nuevo.

Gilgamesh respiraba con agitación. No entendía, todavía. El argumento que se formaba en su mente era el opuesto al que debería ser:

—¿Los dioses envidian a los hombres?

Enki observó las aguas eternas del Abzu.

—Los dioses observan a los hombres —dijo—, y ven algo que nosotros no podemos tener. No la brevedad —eso no es un regalo. Sino la capacidad de ser transformados por la brevedad. De hacer algo con el tiempo precisamente porque el tiempo termina.

Hizo una pausa.

—Nosotros permanecemos.

La voz del dios se volvió algo más antigua.

—Ustedes viven.

Y por primera vez en toda su existencia —en todos los años de campaña y conquista y búsqueda y miedo nocturno— Gilgamesh sintió que la inmortalidad tal vez no fuera lo que había imaginado.

Tal vez no fuera un regalo.

Tal vez fuera una prisión.

PARTE TERCERA: LO QUE PERMANECE

CAPÍTULO X

Las tablillas del destino

Las aguas del Abzu permanecían quietas después de las palabras de Enki. Quietas de esa manera particular que tienen las cosas que esperan ser entendidas completamente antes de moverse de nuevo.

Enmer había escuchado todo en silencio desde su lugar junto a Nammu. Tenía catorce años y estaba parado en el borde de un océano que no debería existir escuchando a un dios hablar con un rey sobre la diferencia entre existir y vivir, y lo extraño era que no se sentía perdido. Se sentía como alguien que finalmente está en el lugar correcto, aunque el lugar sea completamente diferente de todos los lugares donde había imaginado estar.

Enki observó lentamente las aguas. Levantó una mano.

El Abzu respondió.

Ondas que comenzaban en el centro invisible del océano se expandieron hacia afuera, y desde las profundidades emergieron columnas de piedra cubiertas de signos. No las columnas arquitectónicas que ya habían visto: estas eran diferentes. Eran más pequeñas. Y sobre su superficie, los signos no eran decoración sino texto: escritura cuneiforme de una precisión y densidad que no correspondía a ninguna escuela que Enmer conociera.

Tablillas.

Miles.

Suspendidas sobre el agua a alturas variables, algunas al nivel de los ojos, otras más arriba, algunas casi tocando la superficie. Algunas estaban intactas, con los signos perfectamente legibles. Otras estaban quebradas: a la mitad, en fragmentos, en polvo que flotaba sobre el agua sin hundirse. Muchas parecían más antiguas que cualquier cosa que Enmer había visto en los depósitos del templo de Eridu, más antiguas que los registros de los primeros reyes, más antiguas que los primeros nombres que los sacerdotes podían pronunciar con certeza.

Shara contuvo el aliento.

Gilgamesh avanzó lentamente. Sus ojos ardían con la mezcla de fascinación y urgencia de quien ve, de repente, todo lo que ha buscado concentrado en un solo lugar.

—¿Qué son?

—Memoria —dijo la voz de Enki.

Las tablillas comenzaron a girar lentamente alrededor del océano subterráneo en un movimiento lento y preciso, como si describieran la órbita de algo invisible en el centro. Los signos que cubrían sus superficies emitían una luminosidad débil pero constante, del tipo de luz que no se apaga porque no depende de ninguna fuente que pueda agotarse.

Nammu inclinó la cabeza profundamente. No era el gesto protocolario del sacerdote ante su dios: era el gesto del estudioso ante algo que supera todo lo que ha estudiado.

—Los hombres creen que escribieron las primeras palabras para comerciar — continuó Enki—. Para contar grano y ganado. Y eso también es verdad. Pero antes de todo eso, antes incluso de que existieran ciudades donde comerciar, los hombres intentaron algo diferente.

Las tablillas giraban.

—Intentaron conservar recuerdos.

Shara observó una de las tablillas más cercanas. Los signos sobre su superficie se movían: no como el movimiento del viento sobre el agua, sino como el movimiento de algo que está vivo. Cambiaban. Se reorganizaban. No de manera caótica sino como cambian las formas de las nubes: con una lógica que no podías seguir en tiempo real pero que, mirando hacia atrás, parecía inevitable.

Y entonces comenzaron las visiones.

Ciudades. Pero no las ciudades que Enmer conocía. No Eridu ni Uruk ni Nippur ni ninguna de las ciudades sumerias cuyos nombres aprendía en el templo. Ciudades anteriores a todas ellas: torres blancas que se alzaban junto a costas de mares que ya no existían en ningún mapa. Puertos llenos de embarcaciones de formas que ningún carpintero de Eridu habría podido diseñar. Jardines que crecían sobre el agua. Plazas que capturaban la luz del sol de maneras que hacían de la arquitectura una forma de astronomía.

Civilizaciones que habían existido y desaparecido antes de que los antepasados de los hombres que vivían ahora hubieran aprendido a construir la primera muralla.

Gilgamesh sentía vértigo.

—¿Qué lugares son esos?

—Ciudades olvidadas.

—No existen registros de ellas.

Enki lo observó durante un momento.

—Precisamente.

Las imágenes continuaron. Las ciudades llenas de vida se convertían en ciudades bajo el agua. Los jardines eran cubiertos por la arena. Los puertos quedaban enterrados por siglos de sedimento. Guerras. Inundaciones. El fuego consumiendo en una noche lo que generaciones habían construido. Y finalmente lo que quedaba siempre: silencio. Agua. El Abzu, recibiendo en su memoria todo lo que el tiempo borraba de la superficie.

El océano quedó nuevamente quieto.

Shara tenía el pecho apretado con el tipo de peso que produce contemplar la destrucción de cosas que nunca conociste pero que reconoces.

—¿Todo desapareció?

—Todo desaparece —dijo Enki.

Las palabras cayeron sobre el agua y sobre los cuatro como algo que pesa sin doler.

Gilgamesh apretó los puños.

—Entonces nada tiene sentido.

Nammu levantó la vista. Pero fue Shara quien respondió primero.

—Sí lo tiene.

Todos la miraron.

La muchacha contemplaba las tablillas que seguían girando lentamente alrededor del océano subterráneo. No hablaba como alguien que ha llegado a una conclusión después de pensarlo mucho. Hablaba como alguien que está diciendo algo que siempre supo pero que solo ahora puede articular.

—Existieron —dijo—. Esas ciudades, esas personas. Existieron. Y si alguien las recordó, aunque sea una vez, aunque sea en un sueño o en una historia que se contó junto al fuego, entonces siguen vivas de alguna forma. No de la misma forma. Pero vivas.

El silencio que siguió fue profundo de una manera diferente al silencio anterior.

Incluso Enki pareció observarla con una atención distinta.

Gilgamesh negó.

—Recuerdos. Eso es todo lo que queda. Recuerdos que duran mientras dure quien los tiene, y luego nada.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Nammu con suavidad—. ¿Piedras eternas?

El rey no respondió.

El anciano sacerdote bajó lentamente unos escalones hacia el borde del agua. Su sombra, alargada por la lámpara de aceite que seguía sosteniendo, se extendió sobre la superficie del Abzu.

—Los hombres construyen ciudades sabiendo que caerán —dijo—. Tienen hijos sabiendo que morirán. Plantan árboles cuya sombra no verán. —Miró directamente a Gilgamesh—. Y aun así aman y crean y sueñan. ¿Sabes por qué?

Gilgamesh guardó silencio. Era el silencio de alguien que no quiere la respuesta que cree que va a recibir.

—Porque son ignorantes —dijo finalmente.

—No. —Nammu negó despacio—. Porque están vivos. Y la vida no necesita garantía de permanencia para tener sentido. Solo necesita que quien la vive la tome en serio.

Enki permanecía en silencio.

Pero el Abzu entero parecía escuchar.

Gilgamesh miró las tablillas que giraban sobre el agua. Miles de nombres olvidados. Miles de ciudades convertidas en polvo. Miles de vidas que habían amado y construido y sufrido y que ahora no existían en ningún lugar excepto en aquellas marcas sobre barro que giraban en la oscuridad de un océano subterráneo que nadie más sabía que existía.

Y comprendió algo que era insoportable no porque fuera falso sino porque era completamente verdadero.

Incluso los grandes reyes terminaban convertidos en memoria.

Nada más.

—Entonces la muerte siempre vence —dijo, y en su voz había algo que Enmer no le había oído antes: la fatiga del hombre que ha peleado demasiado tiempo contra una certeza que conocía desde el principio.

Enki levantó la vista.

Su presencia en el Abzu cambió de una manera difícil de describir: no más grande, exactamente, sino más completa. Como si hasta ese momento hubiera estado presente de manera parcial y ahora eligiera estarlo del todo.

—No.

El silencio que siguió a esa única palabra fue el silencio de algo esperado que finalmente llega.

—El olvido vence.

La distinción atravesó a Enmer como una revelación que no había buscado pero que encontraba de todas maneras porque estaba buscando en la dirección correcta.

El olvido. No la muerte. No la desaparición del cuerpo ni el fin del corazón ni la ausencia de lo que antes era presencia. El olvido era otra cosa: el momento en que nadie recuerda que algo existió. Y ese momento podía retrasarse. No indefinidamente. Pero sí.

A través de las tablillas.

A través de las marcas en el barro húmedo que sobrevivían a quien las escribía y a la ciudad donde se escribieron y a la lengua en que estaban escritas, que esperaban en el silencio hasta que alguien llegara a descifrarlas.

Enki habló una vez más.

—Mientras una historia sea recordada... una parte de quienes la vivieron continúa existiendo.

Gilgamesh cerró lentamente los ojos.

Aquellas palabras lo golpeaban de una manera diferente a como lo había golpeado todo lo anterior. No en la mente, donde vivían sus argumentos y su orgullo y sus planes. En algún lugar debajo de todo eso, donde vivía el muchacho que había sido antes de convertirse en rey, el que había tenido a Enkidu y lo había perdido y que desde entonces había estado corriendo tan rápido hacia la inmortalidad que no había tenido tiempo de sentarse con el dolor de esa pérdida y verla de frente.

Tal vez —empezaba a sospechar, con la lentitud de quien se acerca a una verdad que no quiere encontrar— tal vez la inmortalidad nunca había sido exactamente lo que pensaba.

Tal vez significaba otra cosa.

CAPÍTULO XI

El nombre de los hombres

El Abzu comenzó a oscurecerse lentamente, como si la luminosidad que las tablillas habían añadido al lugar se retirara con ellas. Las tablillas regresaron una a una hacia las profundidades hasta desaparecer bajo la superficie negra, y lo que quedó fue la oscuridad original, las estrellas flotando sobre el agua, el sonido de algo que respira en un lugar donde no debería haber nada que respirara.

Gilgamesh permanecía inmóvil junto al borde.

Dentro de él, algo había comenzado a quebrarse. No de manera dramática: no el derrumbe repentino de una muralla sino algo más parecido a lo que le pasa al hielo cuando el agua empieza a calentarse desde adentro, lento e irremediable.

Durante años había imaginado la inmortalidad como una victoria. El logro definitivo que haría que todo lo demás tuviera sentido: las campañas, las murallas, el poder, el miedo que irradiaba, el tributo que recibía. Todo tenía que ver con no desaparecer. Con dejar una marca tan grande que el tiempo no pudiera borrarla.

Ahora empezaba a sospechar que había confundido el tamaño de la marca con su profundidad.

Enki observó al rey durante un momento.

—Todavía no comprendes del todo.

Gilgamesh levantó la vista.

—Entonces explícame.

La figura de agua permaneció silenciosa unos instantes. Como si buscara las palabras exactas, aunque los dioses no deberían necesitar buscarlas.

—Los hombres creen que temen a la muerte —dijo finalmente—. Pero lo que realmente temen es otra cosa.

Las aguas del Abzu comenzaron a moverse suavemente alrededor de la figura de Enki, describiendo círculos lentos.

—Lo que realmente temen es que sus vidas no hayan significado nada.

Nammu cerró los ojos. Aquella frase tenía la densidad de algo que había pensado muchas veces y que nunca había escuchado decir con esa precisión.

Gilgamesh apretó la mandíbula.

—¿Y acaso no es cierto? Las montañas desaparecen. Los ríos cambian su curso. Las estrellas mueren. ¿Por qué la vida de un hombre debería ser diferente?

El rey no tenía argumentos. Era la primera vez en mucho tiempo que se encontraba en esa posición.

Shara avanzó lentamente hacia el borde del Abzu. El resplandor del medallón iluminaba las aguas junto a sus pies.

—Entonces... ¿qué queda de nosotros?

Enki la observó.

Y su voz se volvió inesperadamente suave.

—Aquello que transformamos.

El silencio que siguió no era vacío sino lleno de la elaboración de esas cuatro palabras.

Nammu sonrió apenas. Era la sonrisa de alguien que ha esperado escuchar algo durante mucho tiempo y que finalmente lo escucha.

Gilgamesh, en cambio, seguía peleando.

—Las ciudades caen.

—Sí —dijo Enki.

—Los nombres se olvidan.

—Sí.

—Entonces todo termina.

—No.

Las aguas del Abzu comenzaron a mostrar imágenes nuevas. No de ciudades ni de reyes ni de dioses. Imágenes pequeñas. Una mujer enseñando a leer a un niño junto a una lámpara de aceite, repitiendo cada signo con paciencia mientras el niño lo copia torpemente y ella lo corrige sin impaciencia. Un anciano transmitiendo una historia a un grupo de jóvenes junto al fuego, gesticulando, haciendo voces, convirtiéndose por un momento en todos los personajes a la vez. Un artesano terminando una vasija de cerámica y sosteniéndola contra la luz para ver si la forma era lo que había imaginado. Un hombre sacando a otro del agua durante una inundación, sin conocerlo, sin esperar nada.

Un escriba grabando signos sobre barro húmedo en una habitación donde no había nadie más.

Imágenes pequeñas. Imágenes humanas.

Enki las observó.

—Los hombres creen que solo importan los reyes. Las grandes victorias. Los grandes monumentos. Pero el mundo no se sostiene sobre esas cosas. El mundo se sostiene sobre personas que jamás serán recordadas por nombre.

Shara tenía los ojos llenos de lágrimas sin haber decidido tenerlos.

Gilgamesh observaba las imágenes en silencio. Y algo comenzaba a ocurrirle que no sabía cómo nombrar: por primera vez en años estaba viendo sin la deformación que produce el poder. Estaba viendo a las personas que había pasado su vida gobernando —que había pasado su vida utilizando, en cierta medida, aunque la palabra le resultaba incómoda— como eran en realidad: no recursos ni instrumentos ni parte del paisaje de su grandeza sino personas con sus propias urgencias, sus propios amores, sus propios miedos que no eran tan diferentes de los suyos.

Los hombres que habían muerto luchando por él.

Los obreros que habían levantado sus murallas bajo el sol de verano.

Las mujeres que habían esperado en Uruk el regreso de soldados que a veces no regresaban.

Los campesinos que inclinaban la cabeza a su paso con una expresión que él siempre había interpretado como reverencia y que ahora, mirando hacia atrás, comprendía que también podía ser otra cosa.

El rey respiró profundamente.

Y por primera vez en años su voz perdió la resonancia del poder, esa cualidad que hace que las frases de los que mandan suenen diferentes de las frases de los que no mandan, aunque digan exactamente las mismas palabras.

—¿Por qué nos crearon?

Nammu levantó lentamente la vista hacia Enki.

Era la pregunta que llevaba detrás de todos los debates teológicos que había escuchado en su vida, la que subyacía a todas las ceremonias y todos los himnos y todas las interpretaciones de señales y sueños y eclipses. La pregunta real, desnuda de ornamento.

Enki permaneció en silencio durante un tiempo largo.

—Al principio —dijo finalmente— creíamos que los hombres serían servidores. Criaturas breves y obedientes que harían el trabajo que los dioses consideraban por debajo de su dignidad. Construir. Cavar. Trasladar. Mantener en funcionamiento la maquinaria del mundo visible mientras nosotros nos ocupábamos de las cosas más grandes.

Las imágenes en el agua mostraron los primeros humanos: pequeños, vulnerables, trabajando con herramientas de piedra en proyectos que solo tenían sentido dentro de una economía divina que ellos ni siquiera podían percibir completamente.

—Pero ocurrió algo inesperado.

Shara sintió que el corazón se le aceleraba.

Enki observó las estrellas bajo el agua. Y por primera vez desde que habían llegado al Abzu, en su voz había algo que se parecía al cansancio. El cansancio no de quien ha trabajado mucho sino de quien ha vivido tanto que ya no puede sorprenderse fácilmente de nada y sin embargo, a veces, todavía se sorprende.

—Aprendieron a imaginar.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando algo cambia de categoría. Cuando lo que parecía un detalle resulta ser el punto central.

—Y cuando una criatura imagina... deja de pertenecer completamente a quienes la crearon.

Gilgamesh quedó inmóvil.

Nammu sonrió: la sonrisa lenta de alguien que finalmente escucha confirmada la intuición que ha tenido durante décadas.

—Los hombres comenzaron a crear canciones que nosotros no les habíamos enseñado —continuó Enki—. Historias. Sueños. Esperanzas. Maneras de ver el mundo que no derivaban de ninguna instrucción que les hubiéramos dado. Y comenzaron a hacer algo que los dioses ya no podemos hacer.

Shara susurró la respuesta antes de que la pregunta terminara de formularse.

—Cambiar.

Enki la observó.

—Sí.

El Abzu entero pareció respirar alrededor de aquella palabra. Como si hubiera estado esperando que alguien la dijera en voz alta en ese lugar.

Cambiar.

Esa era la frontera real. Los dioses eran eternos. Los hombres estaban vivos. Y la distancia entre ambas condiciones no era la diferencia entre más tiempo y menos tiempo. Era la diferencia entre estar fijo y estar en movimiento.

Gilgamesh bajó lentamente la mirada.

Comprendía algo aterrador.

Toda su vida había luchado por convertirse en algo parecido a un dios. Por la permanencia, por la inmortalidad, por la certeza de no desaparecer. Y nunca había comprendido que quizá eso significaba perder exactamente lo que hacía que su vida valiera algo: la capacidad de ser diferente mañana de lo que era hoy.

La capacidad de ser transformado por lo que vivía.

CAPÍTULO XII

El sueño

Cuando abandonaron el Abzu, el mundo parecía diferente.

No el mundo en sí: Eridu seguía siendo Eridu, los canales seguían recorriendo la ciudad, el zigurat seguía apuntando hacia el cielo. Pero la manera en que todo eso llegaba a los sentidos había cambiado de alguna manera que ninguno de los cuatro podría haber descrito con precisión.

El amanecer cubría la ciudad con una luz gris y húmeda. Los canales reflejaban un cielo que todavía dudaba entre el gris de la noche y el azul del día. Una niebla delgada se deslizaba entre las calles de barro.

Nammu caminaba lentamente. Shara a su lado.

Gilgamesh avanzaba detrás de ambos, pero su manera de moverse era diferente. Sus pasos eran más lentos. Más pesados. No con el peso de la fatiga sino con el peso de algo que había entrado en él y que ahora formaba parte de su masa.

Al llegar al palacio ceremonial, ordenó que nadie lo molestara. Ni soldados. Ni sacerdotes. Ni emisarios de Uruk que habrían llegado ya con papeles que firmar y decisiones que tomar y el recordatorio siempre presente de que un rey en movimiento es un reino en incertidumbre.

Se encerró en la cámara superior.

Y allí se quedó durante horas.

Mirando las murallas de Eridu desde la ventana. Pensando. O más bien: intentando que los pensamientos se organizaran alrededor de lo que había visto y escuchado, que tomaran una forma que pudiera vivirse en lugar de solo contemplarse.

Si Enki decía la verdad —y Gilgamesh tenía pocas razones para dudar de ello después de lo que había presenciado— entonces toda su vida había perseguido algo que era, en el mejor de los casos, una versión equivocada de lo que buscaba realmente.

No la inmortalidad del cuerpo. Eso era imposible para cualquier hombre, y Utnapishtim le había dicho ya que incluso la excepción no era realmente una excepción sino una variante particular de la misma condena.

Sino la otra inmortalidad. La que dependía no de nunca morir sino de que lo que uno hacía mientras vivía continuara haciendo algo después.

Se acercó a una vasija de cobre llena de agua que había sobre una mesa de piedra. Miró su reflejo.

Vio cicatrices. Vio el principio del cansancio que era diferente al cansancio de los músculos. Vio el tiempo instalándose en el rostro de una manera que todavía era leve pero que ya no podía ignorarse.

Y vio algo más: la expresión de un hombre que ha estado mirando en la dirección equivocada durante demasiado tiempo. No por estupidez. Por miedo.

Golpeó la vasija con el dorso de la mano. El agua se derramó sobre las piedras del suelo.

Respiraba agitado. Porque incluso después del Abzu, incluso después de Enki, el miedo seguía allí. No había desaparecido. No era algo que se pudiera resolver con una revelación, por poderosa que fuera.

Era el miedo de todos los hombres. De todos los hombres desde siempre. El miedo de ser el que viene antes de la nada.

Finalmente el agotamiento lo venció. Cayó dormido sobre el suelo de la habitación, junto a las piedras mojadas por el agua derramada.

Y soñó.

Caminaba solo por una ciudad vacía.

Era Uruk. O lo que quedaba de Uruk después de algo que no había visto pero cuyos efectos estaban en todas partes: las calles cubiertas de polvo de siglos, las estatuas quebradas a la altura de las rodillas, los muros de los mercados derrumbados hacia adentro como flores marchitas. El viento arrastraba arena entre edificios que habían sido grandes y que ahora eran las costillas de algo muerto.

Gilgamesh caminó.

El silencio era total excepto por sus propios pasos y por el viento y por algo más, debajo de ambos, que no era sonido sino ausencia.

Subió las escalinatas del gran templo central con la urgencia de quien busca algo sin saber qué es. En la plataforma superior encontró lo que estaba buscando sin haberlo buscado: una tablilla. Pequeña. Cubierta de polvo pero intacta. La tomó con manos que temblaban.

Los signos eran legibles.

Aquí gobernó Gilgamesh, rey de Uruk.

Nada más.

El horror que lo invadió no era el horror de la muerte. Era peor: era el horror del reduccionismo. Toda una vida —toda la enormidad de lo que había hecho, bueno y

malo, todo el miedo y el poder y la búsqueda— reducida a una frase de identificación. Como si hubiera sido un puesto en lugar de una persona.

—¡No! —dijo en voz alta. —¡Eso no puede ser todo!

Su voz resonó entre las ruinas y no obtuvo respuesta.

Entonces escuchó voces.

Miles. Lejanas. Susurros.

Descendió desesperadamente las escalinatas. Y vio sombras moviéndose entre la niebla de polvo que cubría las calles de su ciudad muerta. Hombres. Mujeres. Niños. Personas comunes, sin el tipo de marcas que distinguen a los importantes: sin coronas, sin ornamentos, sin la ropa de los que mandan.

Los reconoció. No por sus caras: no podía verles las caras. Los reconoció por otra cosa: por el modo en que se movían entre las ruinas de Uruk como si todavía les perteneciera, como si su derecho a estar allí fuera más profundo que el de cualquier rey.

Y comprendió algo que lo golpeó con la brutalidad de una verdad que había estado evitando.

Ellos seguían vivos en la memoria del mundo porque habían amado, sufrido, construido, transmitido. Porque habían sido transformados por sus vidas y habían transformado las vidas de otros.

Mientras que él había pasado su existencia intentando no morir.

Lo cual era completamente diferente a vivir.

El rey cayó de rodillas en el polvo de su ciudad muerta.

La tablilla escapó de sus manos y se quebró contra el suelo.

Entonces apareció Enkidu.

Su viejo amigo lo observaba desde unos pasos de distancia, con el mismo cuerpo que había tenido en vida —la anchura de sus hombros, la tranquilidad particular de sus ojos— y con la misma expresión que Gilgamesh había amado y a veces detestado porque era la expresión de alguien que dice la verdad aunque no sea la que quieres escuchar.

El rey levantó lentamente la cabeza.

—Te vi morir.

—Y aun así sigo aquí —dijo Enkidu.

Gilgamesh temblaba.

—No quiero desaparecer.

Enkidu se acercó.

—Ya estás desapareciendo.

Las palabras golpearon. No de manera cruel: de la manera en que golpea algo que es verdad.

—¿Qué quieres decir?

Enkidu miró las ruinas de Uruk alrededor de ambos.

—Olvidaste vivir mientras perseguías la eternidad.

El viento cubrió nuevamente la ciudad muerta con su polvo.

Entonces todo comenzó a derrumbarse. Las murallas. Las torres. Los templos que habían sido el símbolo de su grandeza. El mundo entero —el mundo del sueño, que era también el mundo de lo que podría ser— se deshacía a su alrededor en una oscuridad que avanzaba desde el horizonte con la calma de lo inevitable.

Enkidu dijo una última frase antes de que la oscuridad lo alcanzara:

—La vida no se mide por cuánto permanece un hombre. Sino por cuánto ilumina mientras existe.

La oscuridad lo cubrió.

Y Gilgamesh despertó gritando en el suelo mojado de la habitación del palacio ceremonial de Eridu, con el corazón latiendo tan fuerte que tardó un momento en recordar quién era y dónde estaba.

El amanecer ya iluminaba completamente la ventana.

Se incorporó lentamente. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, como un niño. Respiró. El sueño seguía dentro de él como una herida que no sangra pero que tampoco cierra.

Luego miró hacia la ventana.

Eridu despertaba.

Pescadores. Mercaderes. Niños corriendo por las calles de tierra. Personas que comenzaban otro día con la eficiencia tranquila de quienes no piensan en la eternidad porque tienen demasiadas cosas reales que hacer.

Por primera vez en toda su vida, Gilgamesh sintió envidia de ellos.

CAPÍTULO XIII

El regreso

La partida ocurrió al amanecer siguiente, con el tipo de quietud que tienen las cosas que han perdido la necesidad de anunciarse.

El puerto de Eridu estaba cubierto por niebla cuando las embarcaciones de Uruk comenzaron a separarse de los muelles. Los remeros trabajaban en silencio. No había músicos ni estandartes ceremoniales ni la parafernalia de la llegada. La visita de Gilgamesh terminaba de manera radicalmente diferente a como había comenzado: sin ruido.

Enmer observaba desde el borde del canal, junto a Nammu y Shara.

Gilgamesh estaba de pie sobre la cubierta principal. El viento agitaba su capa oscura. Durante un instante sus ojos encontraron los de Shara.

No hablaron. Ya no hacía falta.

Había algo entre ellos que era más profundo que cualquier conversación posible: la conciencia compartida de que ambos habían visto algo que la mayoría de los seres humanos no vería en toda su vida. Y que esa visión cambiaba algo que era difícil de localizar con precisión pero que estaba en el centro de la manera en que uno se relacionaba con el tiempo que le quedaba.

Luego el rey miró a Enmer.

—Escribe bien.

La frase llegó sin preámbulo, directa.

—¿Mi señor?

—Un pueblo sin memoria ya está muerto.

La embarcación comenzó a alejarse. La corriente del Éufrates la tomó con suavidad y la fue llevando hacia el norte. Eridu desapareció detrás de la niebla primero como una silueta y luego como una idea.

El viaje hacia Uruk duró varios días.

Gilgamesh los pasó en cubierta, observando las orillas del río. Era algo que no había hecho antes: mirar. No para evaluar el terreno militarmente, no para calcular distancias y recursos. Solo mirar. Los pueblos pequeños junto al agua. Los campesinos que trabajaban los campos con la concentración de quien no puede permitirse distraerse. Los niños que corrían hacia la orilla a ver pasar las embarcaciones del rey con la misma fascinación que Enmer había tenido siempre ante las barcazas que llegaban del norte.

Cosas que siempre habían estado allí.

Una tarde la caravana se detuvo cerca de una aldea golpeada por inundaciones recientes. El agua había entrado en las casas. Los campesinos intentaban rescatar lo que podían: herramientas, animales, las tinajas de grano que representaban la diferencia entre el año siguiente y el hambre.

Los soldados aguardaban órdenes para continuar.

Gilgamesh descendió de la embarcación sin decir nada.

Los hombres lo observaron con la expresión que produce la confusión cuando no puede expresarse: el rey de Uruk estaba caminando entre el barro de una aldea que no tenía nombre conocido, mirando a personas que jamás habrían llegado a su palacio.

Vio a un niño intentando mover un travesaño de madera que era demasiado pesado para él, con las manos en carne viva del esfuerzo repetido. El niño miraba el travesaño con la expresión de alguien que sabe que no puede pero que sigue intentándolo porque no tiene alternativa.

Gilgamesh se acercó. Se inclinó. Tomó el travesaño por el otro extremo.

El niño lo miró sin comprender.

El rey no dijo nada. Levantó.

Los soldados se miraron entre sí con la confusión de quien ha servido a alguien durante años y de pronto lo ve hacer algo completamente fuera de todo lo que conoce.

Gilgamesh trabajó junto a los campesinos hasta la caída del sol. Levantó vigas. Movié piedras. Ayudó a despejar el camino hacia las casas que todavía podían salvarse. Sus manos terminaron cubiertas de tierra y barro. Sus sandalias quedaron empapadas. La capa de rey quedó inservible colgada de un árbol cercano.

Al final del día, sentado sobre una piedra junto al río mientras el sol se hundía en el horizonte, sintió algo que tardó en identificar porque hacía demasiado tiempo que no lo sentía.

Cansancio real. El cansancio simple de haber ayudado a otros hombres.

Y una paz que no había experimentado en años.

Cuando finalmente divisaron las murallas de Uruk, el sol se hundía en el horizonte detrás de ellas, convirtiendo la piedra en oro. Las enormes fortificaciones se elevaban sobre la llanura con la majestuosidad que Gilgamesh había diseñado y mandado construir para que produjeran exactamente eso: la impresión de permanencia, de poder, de algo que el tiempo no podría erosionar.

Ahora las miraba de otra manera.

Miles de hombres habían dejado allí sus vidas. Miles de hombres que no tenían nombre en ningún registro. Que habían cortado piedra y acarreado ladrillos y mezclado mortero bajo el sol de verano y la lluvia de invierno, y que habían muerto algunos de ellos sin haber visto las murallas terminadas.

La ciudad entera se preparaba para recibirlo. Sacerdotes. Soldados. Músicos. Nobles. La mecánica habitual del regreso de un rey, ensayada y perfecta.

Pero Gilgamesh atravesó las puertas principales caminando lentamente, y por primera vez desde hacía muchos años, vio la ciudad.

Realmente la vio.

Un anciano durmiendo contra una pared en el callejón junto al templo de Ishtar. Trabajadores que regresaban de los canales con el tipo de agotamiento que no es dramático sino simplemente verdadero, el agotamiento de quien ha hecho lo que tenía que hacer. Niños que corrían descalzos porque sus familias no tenían para sandalias. Mujeres que esperaban en el umbral de sus casas con la expresión de quien espera sin saber si lo que espera va a llegar.

Cosas que siempre habían estado allí.

Ocultas detrás de su propia manera de mirar.

La multitud coreaba su nombre.

—¡Gilgamesh! ¡Gilgamesh! ¡Gilgamesh!

Por primera vez, ese sonido no le llenaba el pecho de orgullo. Le producía algo diferente: una especie de vergüenza suave, no destructiva sino reveladora. Como cuando uno se mira en un espejo después de mucho tiempo sin hacerlo.

Esa noche subió solo a las murallas de Uruk.

El viento frío de la noche recorría las enormes piedras iluminadas por las antorchas de guardia. Desde allí podía verse toda la ciudad: los templos y los mercados y los canales y las miles de luces pequeñas que brillaban en las casas de personas cuya vida era completamente ajena a la suya y sin las cuales, sin embargo, nada de lo que él era tendría sentido.

Recordó las palabras de Enki.

Los hombres pueden cambiar.

Apoyó lentamente la mano sobre las piedras de la muralla. Sintió el frío de la piedra que había mandado construir. Pensó en todos los hombres que habían puesto esas piedras.

Durante años había creído que aquellas murallas lo harían eterno. Que mientras existieran, algo de él existiría también.

Ahora comprendía que había construido esas murallas para protegerse del miedo. No para proteger a su pueblo. Para protegerse a sí mismo del miedo a desaparecer. Para construir algo tan grande que el tiempo tardara más en borrarlo.

La ilusión del tamaño como respuesta al miedo real.

Y por primera vez en toda su existencia —en todos los años de conquista y búsqueda y poder y desesperación nocturna— el rey de Uruk lloró.

No como un dios llora en los himnos, con truenos y lluvias y señales en el cielo. Como llora un hombre en la oscuridad, sin testigos, con el tipo de lágrimas que no piden permiso y no buscan audiencia.

Al amanecer siguiente convocó a los administradores de la ciudad.

Todos aguardaban anuncios de nuevas campañas. Era lo que hacían los reyes cuando regresaban de los viajes: volver con apetito renovado para el siguiente proyecto. El siguiente territorio. La siguiente victoria.

Gilgamesh habló con una calma que ninguno de ellos le había escuchado antes.

—Las reservas de grano serán distribuidas entre los distritos más pobres antes del próximo invierno. —Los sacerdotes se miraron—. Los trabajadores de los canales recibirán descanso cada ciclo lunar, con paga completa. —Los administradores comenzaron a murmurar—. Y ningún hombre será obligado a abandonar a su familia para construir monumentos destinados únicamente a glorificar mi nombre.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando un sistema que se creía estable se entera de que va a tener que cambiar.

Nadie comprendía qué había ocurrido en Eridu.

Pero todos comprendieron algo: el rey había regresado diferente.

Y mientras el sol nacía sobre Uruk, Gilgamesh observó su ciudad por primera vez no como una extensión de sí mismo sino como millones de vidas frágiles que habían sido confiadas a su cuidado. Sin que nadie le pidiera permiso para confiarlas. Sin que él hubiera entendido, hasta ahora, qué significaba eso realmente.

CAPÍTULO XIV

El escriba

Eridu volvió a su ritmo habitual.

Las embarcaciones llegaban y partían. Los mercados rebosaban y se vaciaban. Los sacerdotes elevaban sus plegarias desde las terrazas del zigurat con la regularidad de las mareas. Y sin embargo algo había cambiado, aunque nadie pudiera nombrarlo con precisión: algo en el aire de la ciudad, en la manera en que ciertas personas se miraban cuando se cruzaban en el mercado, en la sensación general de que algunos de los que habían estado presentes aquellos días llevaban consigo algo que no existía antes.

Enmer lo sentía cada vez que tomaba el estilete.

Había pasado años aprendiendo a registrar: tributos, mercancías, transacciones, nacimientos, contratos, las operaciones ordinarias que mantenían en funcionamiento la economía de la ciudad. Era un trabajo necesario y lo había aprendido bien. Pero ahora, cada vez que se sentaba frente a la arcilla húmeda con el estilete en la mano, algo en él resistía la limitación de ese vocabulario.

La escritura podía hacer más que eso.

La escritura podía contener personas.

Una tarde permanecía trabajando solo en una de las cámaras inferiores del templo, con varias tablillas húmedas dispuestas sobre la mesa de piedra, cuando Nammu bajó las escaleras con la lentitud cuidadosa que usaba desde hacía algunos meses: las articulaciones, ya. El sacerdote se detenía en cada escalón como si cada uno requiriera una negociación breve.

Observó las tablillas en silencio durante un momento.

—Trabajas demasiado.

—Estoy intentando recordar todo antes de olvidarlo.

Nammu tomó una de las tablillas húmedas y la acercó a la luz de la lámpara de aceite para leer los signos.

—Una mujer compartió su pan con un desconocido durante la última inundación. El hombre tenía hambre y ella tenía poco, pero compartió de todas maneras.

El sacerdote dejó la tablilla sobre la mesa con mucho cuidado.

—Nadie escribe esas cosas.

—No. —Enmer levantó la vista—. Pero deberían permanecer.

Nammu lo observó durante un momento. El muchacho había cambiado desde el descenso al Abzu. No de manera dramática ni visible para quien no lo conociera bien. Pero había algo en él que antes no estaba: una gravedad tranquila, como la que tienen las personas que han visto algo importante y han decidido hacer algo con ello en lugar de simplemente cargarlo.

—Entonces escribe.

—¿Y si nadie las lee?

El anciano observó las sombras que las llamas de aceite proyectaban sobre las paredes de la cámara. Eran sombras que se movían pero que siempre volvían a las mismas formas.

—Toda luz parece pequeña mientras existe —dijo—. Eso no significa que no haya iluminado.

Enmer bajó la mirada hacia el barro fresco.

No estaba escribiendo para el templo. No para los reyes que podían mandar que las tablillas fueran conservadas o destruidas según su interés. No para el presente, que era siempre provisional. Estaba escribiendo para personas que todavía no habían nacido, en un momento que no podía imaginar con precisión, en circunstancias que no podía predecir. Estaba escribiendo cartas sin destinatario conocido, con la esperanza de que el tiempo eventualmente las entregara.

Shara apareció poco después.

Caminaba entre las columnas del templo con la túnica sencilla que llevaba siempre desde aquella noche, sin ornamentos, sin el medallón visible. Desde el encuentro con Enki parecía más serena. Más asentada. Pero también diferente de otra manera que era difícil de definir: como alguien que ha recibido una respuesta a una pregunta muy grande y que ahora está aprendiendo a vivir con el peso de esa respuesta.

Enmer la observó acercarse.

Todavía le producía algo que no sabía nombrar con exactitud: alivio, tal vez, de la clase que produce ver a alguien con quien se ha compartido algo imposible y confirmar que sigue allí, que el imposible no se la llevó.

Shara contempló las tablillas sobre la mesa.

—¿Qué escribes?

—Personas.

Tomó una de las tablillas y leyó en silencio. Un pescador que había enseñado a navegar a su hijo adoptivo durante la temporada de lluvias. Una anciana que había cuidado a los niños del barrio durante una epidemia, cuando sus propias fuerzas ya no le alcanzaban para mucho más. Un hombre que había cruzado el río durante la

inundación para rescatar los animales de un vecino con quien no se hablaba desde hacía años.

Cosas mínimas. Completamente humanas.

Shara levantó la vista.

—Eso permanecerá más que muchos templos.

Enmer la observó sorprendido. Ella apoyó la mano sobre una tablilla todavía húmeda con una suavidad que era también una forma de respeto.

—Los dioses observan el mundo desde arriba —dijo—. Pero nosotros vivimos dentro de él. Y hay cosas que solo se ven desde adentro.

El muchacho permaneció en silencio, porque comprendía exactamente lo que quería decir.

Shara caminó hacia la abertura en la pared desde donde podían verse los canales de Eridu reflejando el atardecer. Se quedó allí un momento, observando el agua con esa mirada que tenía a veces: la de alguien que escucha algo que los demás no escuchan, o que ve algo que los demás no ven, o que simplemente está en dos lugares a la vez.

—Cuando era niña soñaba con descubrir quién era realmente —dijo finalmente.

Enmer se acercó.

—Y ahora lo sabes.

—Sí.

Una pausa.

—Y descubrí algo que no esperaba.

El muchacho aguardó.

—No quiero ser un puente hacia los dioses. —Sus palabras quedaron suspendidas entre las columnas—. Quiero permanecer aquí. En esto. En el mundo que tiene tiempo y límites y personas que comparten el pan aunque tengan poco.

Enmer sintió el corazón acelerarse de una manera que tampoco sabía nombrar del todo.

Shara continuó mirando el agua.

—Los dioses existen fuera del tiempo. Pero los hombres aman precisamente porque el tiempo es breve. Y eso —una pequeña pausa— eso es algo que ninguna inmortalidad podría comprar.

Las luces del atardecer cubrían Eridu con tonos dorados. Por un instante el mundo parecía inmensamente frágil, hecho de algo que podía romperse con facilidad. Y precisamente por eso —por esa fragilidad, por esa impermanencia— era hermoso de una manera que nada eterno podría serlo.

Esa noche Enmer no pudo dormir.

Subió solo hasta las terrazas superiores del zigurat, llevando varias tablillas todavía húmedas y la lámpara de aceite. El viento de la noche estaba frío y limpio. Desde allí podía verse la ciudad entera: los canales que brillaban con el reflejo de la luna, las luces de las casas donde alguien estaba despierto por amor o por dolor o simplemente porque el sueño no llegaba, las sombras del mercado vacío que al día siguiente volvería a llenarse de voces.

Eridu respiraba.

Enmer se sentó junto a la lámpara. Tomó el estilete.

Y comenzó a escribir.

No registros de tributos ni de mercancías ni de acuerdos comerciales. No los nombres de los reyes ni los relatos de las batallas que los sacerdotes consideraban dignos de preservarse. Escribió algo que no había visto escrito antes, que probablemente nadie había considerado digno de la arcilla.

Escribió a las personas.

La memoria de los hombres no pertenece solo a los poderosos. También pertenece a quienes amaron, ayudaron y soñaron en silencio. A quienes compartieron el pan cuando tenían poco. A quienes cruzaron el río cuando no era necesario. A quienes contaron historias junto al fuego para que los que venían después tuvieran algo de dónde comenzar.

El estilete raspaba el barro húmedo bajo las estrellas.

Tik. Tik. Tik.

El sonido más pequeño del mundo. El sonido de alguien intentando hacer que algo durara.

Enmer levantó la vista hacia el cielo nocturno. Las estrellas eran las mismas que habían observado a todas las ciudades que el Abzu guardaba en su memoria. Las mismas que verían otras ciudades que todavía no existían.

Y comprendió, con la claridad tranquila de las cosas que uno sabe sin haberlas aprendido en ningún libro, que la eternidad humana nunca había estado en vivir para siempre.

Estaba en dejar una pequeña luz encendida para quienes vendrían después.

Una luz que dijera: estuvimos aquí. Amamos. Intentamos comprender. Fallamos en algunas cosas y en otras no. Tuvimos miedo y seguimos de todas maneras. El tiempo nos borró pero antes de que nos borrara dejamos esto para ti, que llegas después y que también tendrás miedo y que también seguirás de todas maneras.

Muy lejos de allí, bajo las aguas eternas del Abzu, algo percibió aquella luz.

Y por primera vez en incontables siglos, el antiguo dios sonrió.

CAPÍTULO XV

La última conversación

Pasaron los años.

El Éufrates continuó su trabajo de siempre: erosionar, depositar, cambiar el paisaje de la llanura con la paciencia de algo que no necesita apresurarse porque tiene tiempo de sobra. Las estaciones cambiaban. Los niños de Eridu que habían visto llegar las embarcaciones de Uruk se convirtieron en adultos que tenían sus propios hijos. Los mercados crecieron y se transformaron. Los sacerdotes que habían conocido a Nammu envejecieron y fueron reemplazados por sacerdotes que conocían a Nammu solo por las historias.

Enmer siguió escribiendo.

Tablilla tras tablilla. Historias pequeñas. Vidas comunes. Nombres que ningún poder habría considerado importantes: el carpintero del barrio norte que había construido la primera embarcación de su familia sin haber aprendido de nadie más que de su propio error repetido. La mujer que había mantenido encendida la lámpara del templo durante la gran inundación, cuando todos los demás habían huido. El viejo comerciante que en su lecho de muerte había dictado a su hijo las rutas que había descubierto en cuarenta años de viaje, porque no quería que el conocimiento muriera con él.

Y sin darse cuenta, sin haberlo planificado, algo comenzó a cambiar.

Otros escribas empezaron a imitarlo. Primero con dudas —¿esto era digno de la arcilla? ¿no había cosas más importantes que preservar?— y luego con convicción creciente. La memoria dejó de pertenecer únicamente a los templos y a los

gobernantes. Por primera vez en Eridu, las personas comunes comenzaban a existir también en la escritura. Comenzaban a tener derecho a ser recordadas.

En Uruk las cosas también cambiaban.

Gilgamesh envejecía. Era todavía fuerte, todavía imponía la presencia que produce una vida entera de exigencia física extrema. Pero el fuego salvaje que había en sus ojos cuando llegó a Eridu —ese hambre insaciable que hacía que incluso los más valientes prefirieran no sostenerle la mirada— se había transformado en algo diferente. Más profundo. Menos urgente.

Comprensión, tal vez.

La ciudad prosperaba. Los canales eran mantenidos con fondos que antes iban a campañas militares. Los trabajadores recibían descanso y paga. Los niños de los barrios pobres aprendían a leer en escuelas que el rey había mandado construir junto al templo, con maestros pagados por el tesoro real.

Muchos nobles consideraban que Gilgamesh se había debilitado.

El pueblo comenzó a amarlo de una manera nueva.

No por temor. Por gratitud. Que es más difícil de obtener y más duradera.

Sin embargo, ciertas noches Gilgamesh seguía despertando sobresaltado. El miedo nunca había desaparecido completamente: solo había cambiado de forma. Ya no era el miedo a la muerte física. Era el miedo, más sutil y más manejable, de no haber comprendido lo suficiente antes de que llegara el final. De haber desperdiciado años en la dirección equivocada sin haber dejado suficiente tiempo para la corrección.

Una noche soñó con el Abzu.

Esta vez no vio ruinas ni oscuridad. Solo agua infinita reflejando estrellas. Y una voz, clara y directa, sin la épica que suelen tener las voces de los sueños significativos.

Ven.

Gilgamesh despertó inmediatamente.

Comprendió.

El viaje hacia Eridu fue silencioso. El rey ya no necesitaba caravanas ni parafernalia. Solo llevó unos pocos acompañantes de confianza, los que entendían que había momentos en que el poder requería presencia mínima en lugar de máxima.

Al llegar encontró una ciudad que el tiempo había trabajado. Nuevas construcciones donde había casas que él recordaba. Niños que no habían nacido cuando visitó la primera vez. El zigurat seguía allí, igual que siempre, con la permanencia tranquila de las cosas que fueron construidas para durar y que duran.

Nammu había muerto hacía tres inviernos.

Enmer fue quien recibió al rey en el patio del templo.

Ya no era el muchacho que se había caído frente a la guardia real. Sus manos estaban marcadas por años de trabajo con la arcilla, endurecidas de una manera específica que solo tienen los que graban con regularidad. Pero sus ojos conservaban la misma cualidad que Gilgamesh había notado aquella primera noche en el palacio, cuando lo habían encerrado en una habitación y él había salido de todas maneras.

Una profundidad tranquila.

El rey lo observó durante un momento.

—Te convertiste en escriba de verdad.

Enmer inclinó la cabeza.

—Y tú en rey.

No era lo mismo que decir *y tú seguiste siendo rey*. Ambos lo sabían.

Ambos sonrieron apenas. La sonrisa de las personas que comparten secretos imposibles de explicar al resto del mundo sin haber acordado jamás que serían secretos.

Aquella misma noche descendieron nuevamente al Abzu.

Solo ellos dos. El camino parecía haber cambiado: no en su estructura física sino en algo más sutil. Más silencioso. Más antiguo. Como si el tiempo pasado en la superficie hubiera acumulado en ese lugar de una manera que la piedra absorbe.

El Abzu seguía siendo el Abzu: el océano que no debería existir, las estrellas que no debería haber, la presencia que era demasiado antigua para sorprenderse de nada.

Pero algo era diferente.

El Abzu parecía más lejano. No en distancia: en presencia. Como un sueño que se recuerda con claridad pero que se siente ya al otro lado de algo que separa el sueño del despertar.

Enki apareció desde las aguas.

Su forma era menos definida que la primera vez. Más dispersa. Como si la diferencia entre el dios y el océano que lo contenía fuera cada vez más difícil de trazar con precisión.

Observó a Gilgamesh durante un momento.

—Has cambiado.

—Tarde —dijo el rey—. Pero sí.

Enki contempló las estrellas reflejadas bajo el agua.

—Eso también es humano.

El silencio permaneció entre ambos durante un tiempo que no se medía de la manera habitual.

—Todavía tengo miedo —dijo Gilgamesh.

No lo decía como confesión ni como derrota. Lo decía como hecho, con la honestidad de quien ha aprendido que nombrar las cosas con precisión es más útil que ocultarlas.

—Lo sé.

—Pero ya no quiero vivir para siempre.

Las aguas del Abzu vibraron suavemente con algo que podría haber sido aprobación o simplemente reconocimiento.

—Entonces finalmente comprendiste.

El rey respiró profundamente.

—Quiero que mi vida haya significado algo.

Enki lo observó durante un momento. Y por primera vez, en esa figura que oscilaba entre el agua y la forma humana, Gilgamesh vio algo que no había visto en su primera visita: no el poder, no la eternidad, no la distancia que separa a los dioses de los hombres. Sino algo más cercano. Algo que ambos compartían aunque desde lados completamente diferentes.

La comprensión de que el tiempo pasa y que lo que uno hace con él es lo único que realmente existe.

Enki habló lentamente.

—Los hombres creen que la eternidad pertenece a quienes nunca mueren. Pero la verdadera eternidad pertenece a quienes dejan algo de sí en otros. Que continúa avanzando después de ellos. Como ondas sobre el agua.

Las estrellas comenzaron a moverse bajo las aguas del Abzu, describiendo arcos nuevos.

Gilgamesh comprendía ahora. Las murallas caerían. Su cuerpo desaparecería. Incluso Uruk algún día sería polvo bajo la arena, y personas que no sabrían su nombre caminarían sobre ese polvo sin saber que caminarían sobre lo que había sido su grandeza.

Pero cada acto de compasión continuaría avanzando. Cada historia transmitida. Cada vida transformada por otra vida que había elegido hacer algo más que sobrevivir.

Las ondas no preguntan quién las generó para continuar moviéndose.

Entonces Enki dijo algo que Gilgamesh no esperaba.

—Nosotros también desapareceremos algún día.

El rey levantó lentamente la vista.

Enmer, que escuchaba desde la orilla, se quedó absolutamente quieto.

—Mientras los hombres nos recuerden, existiremos. —La voz de Enki se volvió algo más lejana, algo más antigua—. Pero cuando el último nombre sea olvidado... los dioses también morirán.

El silencio posterior fue de una especie que ninguno había experimentado antes.

Porque ponía a todos —el dios, el rey, el muchacho— en la misma categoría fundamental. Todos sujetos al olvido. Todos dependientes de que alguien, en algún lugar, en algún momento, recuerde que existieron.

Ni siquiera los dioses escapaban realmente al olvido.

Solo estaban sujetos a él de otra manera.

Enki observó a Enmer.

Y luego las tablillas que giraban por debajo de las aguas, miles de ellas, millones, toda la memoria que el Abzu había recogido desde antes de que existieran ciudades.

—Por eso escriben.

Gilgamesh sintió lágrimas. No de tristeza: de comprensión. De la clase de comprensión que duele brevemente porque cambia algo que no puede volver a ser como era.

La humanidad no escribía para desafiar a los dioses. Ni para competir con la eternidad. Escribía para hacer lo que los dioses no podían hacer solos: salvar fragmentos de existencia del inmenso océano del olvido. Decir *esto ocurrió. Esto importó. Alguien estuvo aquí y vivió y amó y tuvo miedo y siguió de todas maneras.*

Y en ese acto pequeño y desesperado y completamente humano había una forma de eternidad que iba más allá de cualquier cosa que la inmortalidad del cuerpo pudiera ofrecer.

Las aguas del Abzu comenzaron a oscurecerse lentamente. La figura de Enki empezó a disolverse de nuevo en el océano que era su sustancia, hasta que fue imposible determinar dónde terminaba el dios y dónde comenzaba el agua.

Antes de desaparecer completamente, la voz llegó desde todas partes y desde ninguna:

—Vive de manera que tu paso por el mundo deje luz en otros.

Luego el océano quedó inmóvil.

Silencioso.

Eterno.

Y Gilgamesh, de pie junto al borde del Abzu con el agua llegándole a los pies y las estrellas flotando a su alrededor, comprendió que acababa de escuchar la verdad más importante de toda su vida.

No porque fuera nueva.

Sino porque finalmente era capaz de recibirla.

CAPÍTULO XVI

La última tablilla

Muchísimo tiempo después.

Las aguas del Éufrates cambiaron su curso, como hacen los ríos cuando el tiempo es suficiente. Las grandes ciudades de Sumeria comenzaron a desaparecer bajo capas sucesivas de arena, barro, sedimento de inundaciones, polvo de siglos. Ur. Uruk. Eridu. Nombres que alguna vez habían hecho temblar a reinos enteros quedaron primero al margen de las rutas comerciales, luego abandonados, luego olvidados. Las murallas que habían parecido eternas se quebraron lentamente. Los templos cedieron al peso de lo que se apilaba sobre ellos. Los reyes que habían creído que sus nombres durarían para siempre se convirtieron en inscripciones que nadie podía leer, y luego en polvo que nadie sabía que había sido inscripciones.

Nuevos pueblos caminaron sobre esas tierras.

Levantaron sus propias ciudades. Sus propios templos. Sus propios reyes con sus propios nombres que también creerían que durarían para siempre.

Y aun así.

El sol caía sobre una llanura cubierta de arena cuando un anciano avanzó lentamente entre restos de piedra erosionada. Era un excavador de ruinas: había dedicado su vida a escuchar las voces que el tiempo entierra, a sacar a la luz lo que la tierra guarda. Sus rodillas ya no le daban bien para arrodillarse, sus ojos necesitaban más luz que antes para leer, pero su paciencia era de la clase que se vuelve más sólida a medida que envejece, como el barro cuando se seca al sol.

Llevaba semanas explorando los restos de una construcción semienterrada. Nadie en el mundo actual sabía exactamente qué ciudad había existido allí. Los registros que había consultado antes de emprender el viaje daban nombres diferentes. Los mapas que había traído no coincidían entre sí. El único consenso era que el lugar era muy antiguo, que había existido durante mucho tiempo, y que nadie lo recordaba bien.

Había columnas rotas que asomaban entre la arena como dientes. Ladrillos que todavía conservaban marcas de las manos que los habían colocado. Y en algunos lugares, signos sobre la piedra: cuneiformes muy antiguos, de un estilo que el anciano reconocía como anterior a la mayoría de los textos que había estudiado.

Aquella tarde encontró una abertura en el suelo.

Una cámara. Parcialmente derrumbada, con el techo cedido en un ángulo que hacía que entrar requiriera moverse de costado y con cuidado. El anciano entró de todas maneras, con su lámpara por delante, con el cuidado de quien sabe que las prisas cuestan lo que no se puede recuperar.

El aire olía a polvo antiguo. A tiempo detenido. A algo que el anciano había aprendido a reconocer después de décadas de trabajo: el olor particular de los lugares que llevan mucho tiempo sin que ningún ser humano haya respirado en ellos.

La luz de la lámpara recorrió las paredes.

Y entonces lo vio.

Una caja de arcilla, pequeña, del tamaño de un maletín, sellada con barro que alguien había aplicado deliberadamente sobre la tapa antes de que se secara. Estaba entre dos piedras caídas, protegida por el mismo derrumbe que había destruido casi todo lo demás.

El anciano se arrodilló con dificultad.

Sus manos temblaban. No de miedo: de la excitación específica que producen ciertos hallazgos, la excitación de quien está a punto de escuchar algo que llevaba mucho tiempo sin ser escuchado.

Retiró la tierra endurecida con una herramienta pequeña. Con paciencia. Sin apresurarse.

La caja se abrió con un sonido breve y seco.

Dentro había tablillas.

Varias. Muchas destruidas: el tiempo había sido más amable con la caja que con su contenido, y la mayoría de las tablillas estaban fragmentadas, quebradas a la mitad, reducidas a polvo que preservaba vagamente la forma de los signos que alguna vez había contenido.

Pero una permanecía casi intacta.

El anciano la levantó con ambas manos. La superficie estaba gastada: el tiempo había suavizado las aristas de los signos cuneiformes, redondando lo que había sido ángulo, difuminando los bordes de las marcas. Pero los signos todavía estaban allí. Todavía podían leerse.

Acercó la lámpara.

Y comenzó a traducir, en voz baja, en la oscuridad de aquella cámara que llevaba siglos sin escuchar una voz humana.

—La vida del hombre es breve...

Su voz casi se perdió entre el polvo y el silencio.

Continuó.

—*Por eso cada acto de bondad desafía al olvido. Por eso cada historia contada es una victoria pequeña sobre la noche. Por eso escribimos: no para los que estamos, sino para los que vendrán, que también tendrán miedo y que también seguirán de todas maneras.*

El anciano permaneció inmóvil durante un largo momento.

No sabía quién había escrito aquellas palabras. No conocía el nombre. No conocía la ciudad en que habían sido escritas, ni el año, ni las circunstancias que habían llevado a alguien a sentarse con un estilete y un pedazo de arcilla húmeda y a escribir esto en lugar de otra cosa.

No sabía nada de Gilgamesh ni de Enmer ni de Shara. No sabía nada del Abzu ni de Enki ni de las tablillas que giraban en el océano subterráneo bajo el zigurat de una ciudad que ya no existía.

Y sin embargo.

Aquella voz había logrado cruzar miles de años y encontrarlo en el fondo de una cámara derrumbada en el desierto, en un momento en que no lo esperaba, y decirle algo que era exactamente lo que necesitaba escuchar.

El anciano apoyó lentamente la mano sobre la tablilla.

No como un gesto protocolario. Como un saludo. Como la forma de decirle a alguien, a través del tiempo y de la imposibilidad, *te escucho. Llegaste*. Como la forma de confirmar que la travesía había valido la pena.

Y en ese instante ocurrió algo que no era nada sobrenatural.

El pasado dejó de estar muerto.

Esa noche el anciano permaneció junto al fuego que había encendido frente a la entrada de la cámara. El viento del desierto llevaba arena fina que susurraba contra las piedras. Las estrellas sobre la llanura eran las mismas estrellas que habían estado allí antes de que existiera ninguna ciudad, y que seguirían estando allí mucho después de que las últimas ciudades fueran polvo.

Pensó en las generaciones desaparecidas. En todas las personas que habían vivido y amado y construido y sufrido y que ahora no existían en ningún lugar excepto en las tablillas que alguien había cuidado lo suficiente como para sellar en una caja antes de que la ciudad desapareciera. Pensó en el gesto de esa persona —de esas personas, probablemente, porque un solo hombre no puede anticipar todo— que habían tomado decisiones sobre qué preservar con la conciencia de que lo que eligieran podía ser todo lo que quedara.

Y comprendió algo que era al mismo tiempo simple y enorme.

Nadie vence realmente al tiempo.

Ni los reyes. Ni los dioses, si es que los hay. Ni las murallas ni los monumentos ni los nombres grabados sobre piedras que se erosionan.

Pero mientras una historia continúe siendo contada, mientras una palabra sobreviva, mientras un ser humano recuerde a otro ser humano que existió, que amó, que tuvo miedo y siguió de todas maneras, la oscuridad no es completa.

Nunca es completa.

El anciano levantó la vista hacia las estrellas.

Las mismas estrellas que habían observado a alguien grabando esas palabras sobre la arcilla húmeda en la oscuridad de una habitación donde nadie más estaba presente. Las mismas que habían visto levantarse y caer las ciudades que el excavador no sabía nombrar. Las mismas que verían ciudades que él tampoco podía imaginar.

Sonrió suavemente.

Porque había comprendido finalmente lo que los que escribieron aquellas tablillas habían intentado preservar: no los hechos grandes, no los nombres de los poderosos, no las fechas de las batallas. Sino algo más difícil de nombrar y más fácil de perder.

La certeza de que la vida tiene sentido precisamente porque termina.

De que la fragilidad no es una falla sino la condición que hace posible el amor.

De que cada persona que vive dentro del tiempo y que sin embargo elige crear, cuidar, recordar, transmitir, está haciendo algo que va más allá de sí misma aunque nunca sepa exactamente adónde va.

La eternidad no era vivir para siempre.

Era dejar una huella de conciencia en otros seres humanos.

Una pequeña luz atravesando la oscuridad.

Y esa luz, pequeña y frágil y completamente humana, era más duradera que cualquier muralla.

Más duradera que cualquier nombre grabado sobre piedra.

Más duradera, tal vez, que los propios dioses.

Muy lejos del mundo de los hombres, en un lugar que no estaba sobre la tierra sino debajo de ella, algo pareció moverse suavemente.

Como una memoria respirando en sueños.

Como el agua cuando recuerda haber sido lluvia.

Y por un instante imposible de medir, las estrellas reflejadas sobre el océano oscuro brillaron un poco más.

EPÍLOGO

Hay una tablilla.

Pequeña. Parcialmente restaurada con técnicas que quienes la escribieron no habrían podido imaginar. En ella hay signos cuneiformes que datamos con los métodos que tenemos, aproximadamente, en algún momento entre el cuarto y el tercer milenio antes de nuestra era.

No sabemos quién la escribió.

No sabemos el nombre de la ciudad donde fue escrita. No sabemos si la persona que la escribió era joven o vieja, si tenía familia, si era recordada como importante por sus contemporáneos o si era una de las miles de personas que mueven el mundo sin que nadie anote sus nombres.

Solo sabemos lo que dice.

Y lo que dice es esto:

Mientras alguien recuerde una historia, la muerte nunca es completa.

Eso es todo.

Eso es suficiente.

— FIN —

LA ÚLTIMA TABLILLA

UBICACIÓN EN EL TIEMPO Y EL LUGAR

¿DÓNDE OCURRE ESTA HISTORIA?

La historia se desarrolla en la antigua Mesopotamia, entre las grandes ciudades sumerias de Eridu y Uruk, lo más profundo del Abzu y las tierras que rodean los ríos Éufrates y Tigris.



¿CUÁNDO SUCEDE?

La historia ocurre durante el período sumerio temprano, aproximadamente entre el 3000 y el 2100 a.C. Una era de reyes semidivinos, primeras escrituras, templos y el nacimiento de las civilizaciones urbanas.

3000 a.C. – 2100 a.C.



PERÍODO SUMERIO TEMPRANO

URUK

La gran ciudad del rey Gilgamesh. Una metrópolis poderosa, llena de murallas, templos, mercados y ambición. Desde allí parte el rey en busca de la respuesta a la muerte.

ERIDU

La ciudad sagrada y antigua, cuna de los dioses y del conocimiento. Aquí Enmer, el joven escriba, descubre el poder eterno de la escritura.

EL ABZU

Las aguas profundas y eternas, hogar de Enki y origen de la sabiduría primigenia. Allí Gilgamesh desciende en busca del secreto de la inmortalidad.

LÍNEA DE TIEMPO DE LA HISTORIA



Comienzo en Uruk

Gilgamesh, rey de Uruk, inicia su búsqueda obsesionada por evitar la muerte.



El encuentro en Eridu

Conoce a Enmer y a Shara, y descubre que la escritura puede preservar lo esencial.



El descenso al Abzu

Guiado por Enki, Gilgamesh viaja a las aguas eternas para buscar el secreto de la vida que no termina.



La verdad revelada

Aprende que la inmortalidad no está en vivir para siempre, sino en dejar huella en otros.



El legado de Enmer

El escriba comprende su misión: guardar las historias de los hombres para que nunca sean olvidadas.



La última tablilla

Miles de años después, una tablilla sobrevive y una voz del pasado vuelve a ser escuchada.

PERSONAJES PRINCIPALES



GILGAMESH

Rey de Uruk. Poderoso, valiente y temeroso de la muerte. Su viaje cambia para siempre su corazón.



ENMER

Joven escriba de Eridu. A través de sus tablillas, comprende que la memoria es la forma más profunda de eternidad.



SHARA

Mujer misteriosa de origen desconocido. Su presencia une a los mundos de los dioses y de los hombres.



ENKI

Dios de la sabiduría y las aguas profundas. Guía a Gilgamesh y le revela la perduración que trasciende a dioses y hombres.

CIVILIZACIÓN SUMERIA

- Primeras ciudades-estado.
- Primer sistema de escritura: cuneiforme.
- Religión politeísta: dioses poderosos vinculados a la naturaleza.
- Agricultura, comercio y construcción de templos monumentales.
- Reyes considerados elegidos de los dioses.

TEMAS CENTRALES DE LA HISTORIA



LA MORTALIDAD

El miedo universal que impulsa el viaje de Gilgamesh.



LA ESCRITURA

El poder de las palabras para preservar vidas, memorias e historias.



LA MEMORIA

Lo único que puede sobrevivir al tiempo y al olvido.



LA HUMANIDAD

Los actos de bondad, amor y compasión que nos definen.



EL LEGADO

La verdadera eternidad está en lo que dejamos en otros.



“La memoria de los hombres no pertenece solo a los poderosos. También pertenece a quienes amaron, ayudaron y soñaron en silencio.”

— ENMER



LOS SUMERIOS

LA PRIMERA CIVILIZACIÓN DE LA HISTORIA

Mucho antes de Egipto, Grecia o Roma, en las llanuras del sur de Mesopotamia, surgió una civilización extraordinaria que cambió para siempre el rumbo de la humanidad.



¿QUIÉNES FUERON LOS SUMERIOS?

Los sumerios fueron un pueblo que habitó el sur de Mesopotamia (la actual Irak) a partir del aprox. 4500 a.C. Considerados la primera gran civilización de la historia, sentaron las bases de la vida urbana, la escritura, las leyes y la organización social.



- ✓ No se conoce con certeza su origen.
- ✓ Desarrollaron una cultura única e innovadora.
- ✓ Su idioma, el sumerio, no pertenece a ninguna familia lingüística conocida.
- ✓ Su legado influyó en babilonios, asirios y muchas otras civilizaciones posteriores.

¿DÓNDE VIVIERON?



Se establecieron en Sumeria, una región fértil entre los ríos Tigris y Éufrates. Allí crearon ciudades-estado independientes que competían y, a veces, se aliaban entre sí.

PERÍODO SUMERIO

- **PERÍODO UBAID (5500 - 4000 a.C.)**
Primeros asentamientos agrícolas y aldeas en el sur de Mesopotamia.
- **PERÍODO URUK (4000 - 3100 a.C.)**
Surgen las primeras ciudades, la escritura y los avances tecnológicos.
- **PERÍODO DINÁSTICO TEMPRANO (2900 - 2350 a.C.)**
Aparecen las primeras dinastías de reyes y se consolidan las ciudades-estado.
- **PERÍODO DE LOS REINOS (2350 - 2000 a.C.)**
Grandes reyes como Lugalzagesi de Uruk y la construcción de monumentos majestuosos.
- **PERÍODO NEOSUMERIO (2000 - 1750 a.C.)**
Resurgimiento cultural bajo reyes como Ur-Nammu de Ur.
- **FIN DEL DOMINIO SUMERIO (tras 1750 a.C.)**
Sumeria es conquistada por pueblos semíticos (amitas, babilonios, asirios), pero su cultura y lengua perduran durante milenios.

SUS GRANDES APORTES AL MUNDO

LA ESCRITURA CUNEIFORME



Inventaron el primer sistema de escritura conocido (alrededor del 3200 a.C.). Usaban signos en forma de cuña sobre tablillas de arcilla para registrar cuentas, leyes, historias, oraciones y más.

LAS CIUDADES



Construyeron grandes ciudades como Uruk, Ur, Eridu y Lagash, con templos (monumentales zigurats), palacios, murallas, mercados y sistemas de irrigación para aprovechar las aguas de los ríos.

LA LEY Y EL GOBIERNO



Desarrollaron sistemas de leyes, como el Código de Ur-Nammu (aprox. 2050 a.C.), uno de los códigos legales más antiguos que se conocen. Cada ciudad tenía su propio rey y su gobierno.

LA RELIGIÓN Y LOS DIOS



Creían en muchos dioses ligados a la naturaleza y a las fuerzas del universo. Entre los principales: An (cielo), Enlil (aire), Enki (agua y sabiduría) e Inanna (amor y guerra). Construyeron templos para honrarlos.

LA ASTRONOMÍA Y LAS MATEMÁTICAS



Observaron el cielo con gran precisión, crearon sus calendario lunar de 12 meses y desarrollaron un sistema numérico posicional en base 60, que aún usamos hoy para medir el tiempo y los ángulos.

LA VIDA COTIDIANA



AGRICULTURA

Cultivaban trigo, cebada, dátiles y criaban animales. El riego artificial permitió grandes cosechas y el crecimiento de las ciudades.



SOCIEDAD

La sociedad estaba organizada en clases: reyes, sacerdotes, escribas, artesanos, comerciantes, soldados y campesinos.



ARTESANÍA Y COMERCIO

Eran expertos alfareros, tejedores, orfebres y constructores. Comercializaban madera, piedras preciosas, metales y alimentos con otras regiones lejanas.



TRANSPORTE Y COMERCIO

Usaban barcos en los ríos para transportar mercancías y caravanas de burros para viajes terrestres.

LÍNEA DE TIEMPO DE LA HISTORIA SUMERIA

- 5500 a.C. Primeros asentamientos agrícolas en el sur de Mesopotamia (Período Ubaid).
- 4000 a.C. Surgen las primeras ciudades (Eridu, Uruk). Comienza el Período Uruk.
- 3200 a.C. Invención de la escritura cuneiforme.
- 2900 a.C. Comienza el Período Dinástico Temprano. Aparecen los primeros reyes.
- 2350 a.C. Época de grandes conquistas y construcción de monumentos. Lugalzagesi reina en Uruk.
- 2050 a.C. Código de Ur-Nammu en la ciudad de Ur.
- 2000 a.C. Período Neosumerio. Renacimiento cultural.
- 1750 a.C. Fin del dominio sumerio tras invasiones de pueblos semíticos. Su cultura continúa.

SU LEGADO PERDURA

Aunque los sumerios desaparecieron como pueblo, su influencia nunca se perdió. Su lengua, su escritura, sus leyes, sus mitos y su conocimiento pasaron a otras civilizaciones y forman la base de gran parte de la cultura occidental.



"Antes de que existiera la historia escrita, los sumerios ya estaban escribiendo el futuro de la humanidad."

ALGUNOS DIOS SUMERIOS



AN
Dios del cielo y padre de los dioses.



ENLIL
Señor del aire, el poder y la tierra.



ENKI (EA)
Dios del agua dulce, la sabiduría y la creación.



INANNA (ISHTAR)
Diosa del amor, la fertilidad y la guerra.



NANNA (SIN)
Dios de la luna y el tiempo.

TABLILLA CUNEIFORME REAL



Esta es una tablilla cuneiforme real de más de 4.000 años de antigüedad, escrita en sumerio. Miles de tablillas como esta nos han permitido conocer su historia, sus leyes, sus cuentos y sus cantos. Sin ellas, su voz se habría perdido para siempre.

— ◆ —
ANTES DE QUE LA HISTORIA
FUERA ESCRITA,
HUBO ALGUIEN QUE DECIDIÓ
QUE NADA SE PERDERÍA.
— ◆ —

Enmer, un joven escriba de Eridu, vive entre tablillas de arcilla y los sueños que le susurra su maestro. Su destino cambia para siempre cuando conoce a Shara, una misteriosa mujer marcada por un origen imposible, y al rey Gilgamesh de Uruk, un hombre que desafía a los dioses en busca de la inmortalidad.

Juntos emprenderán un viaje que los llevará más allá de los límites del mundo conocido, hasta el Abzu, las aguas primordiales donde habitan los dioses más antiguos.

Allí descubrirán que el poder, la gloria y la eternidad no son lo que los hombres creen... y que la verdadera inmortalidad no se conquista, se escribe.

— ◆ —
UNA NOVELA ÉPICA SOBRE DIOSSES Y HOMBRES,
AMOR Y DESTINO, ESCRITURA Y MEMORIA.
PORQUE CUANDO TODO ES OLVIDADO,
SOLO QUEDAN LAS PALABRAS.
— ◆ —

«Una obra majestuosa que respira mitología, historia y humanidad. Imposible no dejarse envolver.»

★★★★★

— LECTORES DE LEYENDA

«Michel Onirix construye un mundo tan antiguo como eterno, donde cada tablilla guarda un latido humano.»

★★★★★

— CRÓNICAS DEL PASADO

ISBN 978-987-88-1234-5



9 789878 812345 >

